SOCIEDAD DE AUTORES ESPAÑOLES

Militares

y



Paisanos

COMEDIA

EN CINCO ACTOS Y EN PROSA

arreglada á nuestra escena

POR

EMILIO MARIO (HIJO)

QUINTA EDICIÓN

MADRID
FLORÍN, 8, BAJO
1899

MILITARES Y PAISANOS

MILITARES Y PAISANOS

COMEDIA

EN CINCO ACTOS Y EN PROSA

arreglada á nuestra escena

POR

EMILIO MARIO (HIJO)

Representada con extraordinario éxito en el **TEATRO DE LA COMEDIA** la tarde del 24 de Diciembre de 1888

QUINTA EDICIÓN

MADRID
R. Velasco, impresor, Marqués de Santa Ana, 20
Teléfono número 551

1899

A Don Vital Aza

Si yo fuese capaz de imaginar una obra como esta, crea usted que se la dedicaría; pero sólo me pertenece el trabajo de haberla adaptado á nuestra escena, y como éste, si algo vale, lo debo por completo al valioso apoyo de los consejos y advertencias de usted, cumplo un deber de conciencia colocando el nombre del maestro al frente de la primera obra del discípulo agradecido,

Emilio Mario (hijo)

REPARTO

PERSONAJES		ACTORES
TULA (1)...	Doña	Elisa Mendoza Tenorio.
DOÑA TOMASA........		Josefa Guerra.
LUISA.................		María Guerrero.
INÉS..................		Carmen Bernal.
DOÑA TERESA........		Virginia Carriche.
MARÍA................		Amparo Molina.
ROSA..................		María Cancio.
DON RAMÓN..........	Don	Emilio Mario.
EL GENERAL.........		Antonio Fornoza.
ERNESTO.............		Juan Balaguer.
MENDOZA.............		Enrique Sánchez de León.
DON RUPERTO........		José Montenegro.
ARTURO..............		Francisco García Ortega.
CONSTANTINO.........		Javier Mendiguchía.
JIMÉNEZ..............		Federico Tamayo.
ROQUE................		Enrique Martínez.

Un corneta, invitados, militares de distintos cuerpos músicos de regimiento, etc.

La acción en un pueblo de la provincia de * durante la última guerra carlista**

(1) Este persenaje hablará con marcado acento cubano.

ACTO PRIMERO

Sala elegante en casa de don Ramón. Puertas laterales y dos al foro; la de la derecha (del actor) da á un recibimiento, en el que se ve un perchero con espejo; y la de la izquierda comunica con las habitaciones interiores. En el centro del foro, balcón grande á la calle. Al lado del balcón una jaula con un canario. Piano entre las puertas laterales derecha.—Sobre el piano un espejo.—Consola elegante con espejo entre las puertas laterales izquierda.—En primer término derecha una mesa.—Veladorcito ó costurero primer término izquierda.—Butacas, sillas, etc.

ESCENA PRIMERA

INÉS sentada al piano. ROQUE que entra con cartas y periódicos

ROQUE ¡Señorita! ¡Señorita... (Sí, á la otra puerta.) (Inés sigue tocando sin oirle. Acercándose más y gritando.) ¡Señorita Inés!

INÉS ¿Qué hay, Roque?

ROQUE Que vengo con el correo.

INÉS (Levantándose.) ¿Trae usted alguna carta para mí?

ROQUE Sí, señorita, aquí la tiene usted.

INÉS (Cogiéndola y aparte.) ¡De Ernesto! ¿Hay alguna otra?

ROQUE Esta para la señorita Tula; y que debe venir de muy lejos, porque está acribillada de redondelitos.

INÉS A ver, á ver; sí, de Nueva York, de su padre. ¡Tula! (Llamando.) ¡Tula!

ROQUE Quiá, no la llame usted: si no debe estar en casa; cuando yo iba al correo salía ella escapada por la carretera, guiando ese par de jaquitas que son el mismísimo demonio. Yo no sé cómo usted que es su instutriz...

INÉS Institutriz, Roque.

ROQUE Bueno, es lo mismo; pero lo dicho, yo no sé cómo usted le permite que siga con esa afición á los caballos; el mejor día se estrella.

INÉS No tenga usted cuidado; sabe guiar perfectamente.

ROQUE Sí sabrá; pero lo que es á mí no me lleva en el pescante, aunque me emplumen. (Vase foro izquierda.)

ESCENA II

INÉS sola

INÉS (Abriendo la carta y mirando á todas partes.) No, no hay nadie. (Besando la carta y leyendo.) «Inés de mi alma: Voy á comunicarte una noticia muy agradable.»—Menos mal, esa maldita guerra me tiene intranquila.—«Nuestra columna ha recibido orden de trasladarse al Norte inmediatamente, y quizás mañana pasemos por ese pueblo; al fin nos veremos después de tantos meses de ausencia; quiéreme mucho y sigue guardando el secreto. Te abraza tu amantísimo esposo, Ernesto.» (Guardando la carta.) ¡Qué felicidad! ¡Cuando terminarán estos misterios! Pero no hay más remedio, la menor indiscreción podría comprometerme. (Oye la voz de Tula.) ¡Ah! Es Tula.

ESCENA III

INES y TULA

TULA ¡Tío!... ¡Tío!... Inés, ¿dónde está mi tío? Yo quiero ver á mi tío. ¡Tío!... ¡Tío!...

INÉS ¿Qué es eso? ¿Qué te sucede?

TULA ¿Qué me sucede? Prueba eso, digo mira eso.

INÉS Pero, Tula...

TULA Mira lo que están dando á mis pobres jaquitas. (Enseñándole un manojo de alfalfa que trae en la mano.) Completamente podrido; esto no se puede comer. ¿Pues y esta cebada? (Sacando del bolsillo un puñado.) ¿Qué me dices tú de esta cebada? Quiero que lo vea mi tío; ese bárbaro de cochero me está matando á disgustos. En la Habana no me hubiera sucedido esto; los cocheros de Cuba son más inteligentes y más cuidadosos.

INÉS Hija, por Dios, no te tomes disgustos por lo que no merece la pena.

TULA Tienes razón, no debo disgustarme; pero créeme, Inés, estas cosas le atacan á una los nervios. (Tirando la cebada y la alfalfa sobre la mesa de la derecha.)

INÉS Vamos, tranquilízate, y toma esta carta que acaba de llegar.

TULA Una carta, ¿de quién?

INÉS De tu papá.

TULA A ver, á ver que me dice. (Abre la carta.) ¡Siempre tan lacónico! Que está bueno y que me quiere mucho. Tenía razón mi pobre mamá; estos ingleses no sirven más que para los negocios.

INÉS (¡Qué chiquilla!)

TULA ¿Y tú no has tenido hoy ninguna carta?

INÉS Yo... no. ¿De quién?

TULA Pues... de esa persona que te escribe con tanta frecuencia.

INÉS ¡Ah! Sí, mi hermano.

TULA ¿Tu hermano, eh? Pues la otra noche te sorprendí besando cariñosamente una carta... y creo que las cartas de los hermanos no se besan nunca con tanta efusión. Tú tienes algún secreto para mí.

INÉS No seas chiquilla, y vamos á estudiar un poquito.

ESCENA IV

DON RUPERTO, LUISA y DICHAS

D. RUP. (Luisa se queda mirándose en el espejo del recibimiento.) Buenos días, señoritas.

TULA Muy buenos días, señor alcalde. ¿Qué hay de novedades?

D RUP. Déjeme usted, tengo mucha prisa... Pasa niña; aquí les dejo á ustedes á mi hija.

LUISA Inés... Tula. ¿Qué tal? (Besándose.)

D. RUP. Vaya, hasta luego.

TULA ¿Pero se marcha usted ya, señor alcalde?

D. RUP. Tengo mucha prisa, no puedo detenerme; el Municipio no me deja tiempo para nada. Señoritas, estoy á los pies de ustedes. Niña, luego pasaré á recogerte.

TULA Vaya usted con Dios.

LUISA Adiós, papá.

TULA (A Luisa.) Cuánto te agradezco esta visita. Inés, suspenderemos la lección por ahora, ¿verdad?

LUISA ¿Qué, he venido á molestar?

TULA Al contrario; lo molesto para mí son las lecciones; pero no las visitas de mis amigas. (Inés coge un libro y se sienta aparte á leer.)

LUISA ¿No sabes la gran noticia?

TULA ¿Cuál?

LUISA ¡Lo que nos vamos á divertir estos días!

TULA ¿Sí, pues qué pasa?

LUISA Papá ha recibido hace un momento orden de preparar alojamiento para yo no sé cuántos batallones que deben llegar esta misma tarde.

TULA ¿Sí?

INÉS (Levantándose y con curiosidad.) ¡Esta tarde! ¿Dice usted que llegan esta tarde?

LUISA Eso dice papá.

TULA ¡Qué gusto! ¿Con esos batallones vendrán muchos oficiales, verdad?

LUISA Naturalmente; no van á venir los soldados solos.

TULA — ¡Ay! A mí me gustan muchísimo los militares, sobre todo los de caballería; tienen unos uniformes tan airosos y manejan los caballos con una destreza... ¿Quieres que hagamos una cosa?

LUISA — ¿Qué?

TULA — Voy á mandar enganchar el cestito y nos vamos á esperarlos á dos leguas de distancia.

LUISA — Bueno, bueno.

INÉS — De ninguna manera. Eso estaría muy mal hecho. (Vase foro izquierda.)

TULA — ¡Jesús! Estas institutrices tienen una seriedad insoportable.

LUISA — ¡Ay, ya se me olvidaba! Te he traído *El primer amor*, la novela de que te hablé el otro día. (Dándole un libro.)

TULA — ¿Es bonita?

LUISA — Preciosa. Pero yo la encuentro algo inverosímil. Figúrate que Fanny...

TULA — ¿Quién? (Sentándose junto al velador.)

LUISA — La protagonista. Está locamente enamorada de un joven...

TULA — Eso lo encuentro muy natural.

LUISA — ...enamorada de un joven á quien sólo vió una vez desde la ventana.

TULA — Sigo encontrándolo muy natural.

LUISA — Y al fin la pobre, desesperada, se envenena con arsénico.

TULA — Eso ya no me parece tan natural.

LUISA — ¿Qué ha de serlo? Como no lo es tampoco el que una mujer se enamore así de pronto de un hombre á quien no ha visto más que una vez.

TULA — Estás equivocada. El amor es una descarga eléctrica: un saludo, una mirada, hacen á veces el efecto de un reóforo. (Que diga Inés que no aprovecho sus lecciones de física.)

LUISA — Pues tú dirás lo que quieras; pero yo creo que para enamorarse de un hombre es necesario conocerle á fondo, pero muy á fondo.

TULA — Se ve claramente que tú no has tenido novio todavía.

LUISA — Yo no. ¿Y tú?

TULA ¿Yo?... Ahora que nadie nos oye te lo diré. ¡Estoy enamoradísima!

LUISA ¿Sí? ¿de quién?

TULA Pues no lo sé. De un hombre á quien sólo he visto una vez en mi vida.

LUISA ¿Es posible?

TULA Verás cómo ha sido. El invierno pasado, cuando estuve en Madrid con el tío, se empeñaron unas amiguitas en llevarme una noche al teatro Real.—¡Qué noche aquella! Cantaban *Los Puritanos*...

LUISA ¿Los cantarían muy bien, eh?

TULA No lo sé. De lo que menos me ocupaba yo era de la ópera. Estábamos en un palco platea, y al concluir el primer acto, por un descuido mío, se me cayeron los gemelos al pasillo de las butacas. Ya iba un acomodador á recogerlos, cuando un joven que ocupaba el número veintidós de la fila séptima se adelantó precipitadamente y me los alargó con muchísima finura.—Mil gracias, caballero—le dije.—No las merece, señorita—me contestó. Pero no tienes idea de qué modo me dijo «no las merece». Sus ojos se clavaron en los míos, y yo sentí un extremecimiento inexplicable.

LUISA ¡Qué tontería! ¿Y después?

TULA Después siguió la ópera y el joven del número veintidós de la fila séptima ni un solo momento miró al escenario. Se pasó toda la noche con la cabeza vuelta hacia el palco en que yo estaba. ¡Así! (Volviendo la cabeza.) ¡Pobrecillo! ¡Qué postura tan incómoda!

LUISA Bien, ¿y luego?

TULA Pues luego... se acabó la función; mis amigas me llevaron en coche á la fonda, donde me esperaba mi tío, y al día siguiente por la mañana salimos de Madrid para este aburridísimo pueblo.

LUISA ¿Y el joven de no sé qué número de la fila no sé cuántos?...

TULA ¡No he vuelto á verlo! Pero no importa, su imagen está impresa en el fondo de mi alma.

LUISA ¡Já, já, já!

TULA ¿Te burlas de mí?

LUISA Burlarme, no: pero ese amor, nacido así tan de sopetón, me parece una ridiculez.

TULA ¿De modo que tú crees?...

LUISA Yo creo lo que te he dicho antes: que para querer á un hombre se necesita tratarle mucho, pero mucho.

TULA Pues esa es una vulgaridad. El verdadero amor brota espontáneamente.

LUISA ¡Sí, como los hongos! ¡Já, já, já!

TULA ¡Caramba con la risita!

LUISA Eso pasará en América, pero lo que es en Europa... ¡Já, já, já!

TULA En Europa y en las siete partes del mundo, digo no, en las cinco, no son más que cinco.

LUISA ¿Lo ves? Si ya no sabes lo que dices. ¡Já, já, já!

ESCENA V

DICHAS y DON RAMON, primera derecha

D. RAM. ¿Qué es eso? ¿Por qué se ríe Luisita con esas ganas?

TULA Una simpleza suya. Dime, tío, ¿cómo crees que debe nacer el verdadero amor?

D. RAM. Pues, hija mía, debe nacer de pie; como los seres afortunados.

LUISA No es eso. Tula le pregunta si cree usted en el amor espontáneo.

D. RAM. ¿Y qué es eso?

TULA Pues eso es... el amor. Lo que se llama el amor. ¿No sientes nada cuando te mira un hombre?

D. RAM. ¿Eh?

TULA ¡Pues es claro! ¡Tú que has de sentir! Anda, Luisa, vámonos al jardín, y no hablemos más de lo que sois incapaces de comprender.

D. RAM. Vayan ustedes con Dios.

LUISA Hasta luego, don Ramón.

D. RAM. Adiós, Luisita. (Vanse Tula y Luisa puerta foro izquierda.)

ESCENA VI

DON RAMON solo; luego TERESA

D. RAM. La pregunta de Tula me da en qué pensar ¿Si estará enamorada? ¿Pero de quién? En el pueblo no conozco á nadie capaz de inspirarle una pasión... tan espontánea como ella dice. Digo, á menos que se haya enamorado del nuevo boticario; pero no lo creo. Ayer le ví á la puerta de la farmacia y, francamente; podrá ser un buen químico, pero lo que es su físico deja bastante que desear. (Sentándose al lado del velador, donde Luisa habrá dejado el libro.) ¿Eh, qué libro es este? «*El primer amor*. Novela de costumbres.» ¡Dios sabe qué costumbres serán! (Se levanta.)

D.ª TER. ¡Gracias á Dios que te encuentro!

D. RAM. ¿Qué pasa? Aquí me tienes á tus órdenes.

D.ª TER. No pasa nada; pero desde que tomas chocolate por la mañana, hasta la hora de comer. no hay quien te eche la vista encima. (Mirando la alfalfa que habrá sobre la mesa.) ¿Qué es esto?

D. RAM. Alfalfa.

D.ª TER. ¿Y qué hace aquí esta alfalfa?

D. RAM. Yo qué sé.

D ª TER. ¡Jesús! ¡Y cebada!

D. RAM. ¿Cebada también?

D.ª TER. ¿De dónde ha venido esto?

D. RAM. De Castilla; anteayer trajeron dos arrobas.

D.ª TER. No digo eso. Pregunto quién lo ha subido á la sala; pero ya me lo figuro: habrá sido Tula, tu sobrinita. Esa criatura, con sus aficiones hípicas va á ser causa de que tengamos el mejor día un disgusto.

D. RAM. ¿Yo disgustarme contigo? ¡Imposible!

D.ª TER. Me disgustaré yo, y es lo mismo. La educación de esa niña es una carga demasiado pesada para nosotros.

D. RAM. Vamos, Teresita, no te pongas así. Ya sabes

las razones que tuve para encargarme del cuidado de mi sobrina. Cuando murió en la Habana su madre, mi pobre hermana, mi cuñado, que, como buen inglés, se entrega en cuerpo y alma á los negocios, tuvo precisión de trasladarse á los Estados Unidos, y no era cosa de que la chica anduviese de la Ceca á la Meca con un hombre que no piensa más que en hacer números; y como yo he querido muchísimo á mi hermana, y como tú y yo no hemos tenido familia, desgraciadamente, y como tú eres una mujer de talento y muy á propósito para...

D.ª TER. Bueno, bueno; no hablemos más, porque, como siempre, tendré que transigir, para que no ocurra un disgusto en esta casa.

ESCENA VII

DICHOS y DON RUPERTO, foro derecha

D. RUP. (Dentro.) ¡Ramón! ¿Está por aquí Ramón?

D. RAM. ¿Eh, quién? ¡Adelante, insigne alcalde!

D. RUP. Déjame que me siente. ¡Ah! Usted perdone, señora, no la había visto.

D.ª TER. Siéntese usted, siéntese usted.

D. RUP. (Sentándose.) Muchas gracias.

D. RAM. ¿De dónde vienes tan sofocado? ¿Ha habido sesión borrascosa en el Ayuntamiento?

D. RUP. ¡Qué Ayuntamiento! si aquí no hay más ayuntamiento que yo; todo tengo que hacerlo yo: colocar á los jefes, colocar á los soldados y colocar á las caballerías.

D. RAM. ¿Qué jefes, qué soldados y qué caballerías son esas?

D. RUP. Ahora lo sabrás. (Sacando un papel.) «Don Ramón Aguirre.» Te corresponden cuatro alojados.

D. RAM. ¿Eh?

D.ª TER. ¿Cómo?

D. RUP. Tranquilízate; son cuatio oficiales.

D. RAM. ¿Pero han llegado militarcitos al pueblo?

D. RUP. No han llegado todavía, pero llegarán. Dos batallones de infantería y un regimiento de caballería.

D. RAM. ¡María Santísima! ¿Pero, hombre, y me vas á meter en casa cuatro oficiales?

D. RUP. Dada tu posición, te correspondían por lo menos treinta soldados; pero eso te hubiera ocasionado muchas molestias, y por algo somos amigos.

D. RAM. Gracias, hombre, gracias. ¡En tu casa alojarás lo menos una docena!

D. RUP. No; en mi casa no me he puesto más que uno; por algo soy alcalde.

D.ª TER. Nada, nada. Yo desde luego estoy conforme con que me mande usted los cuatro oficiales.

ESCENA VIII

DICHOS, TULA y LUISA

TULA (Que oye las últimas palabras.) ¡Cuatro oficiales nada más!

D. RAM. Pero, hija, por Dios, ¿quieres que nos manden una compañía?

TULA Y diga usted, ¿son lanceros? ¡A mí me gustan mucho los lanceros! Podré enseñarles mis jaquitas..

D. RAM. ¡Déjame en paz!

TULA Tía; tú no te opones, ¿verdad? ¡Cuantos más oficiales nos manden, mejor!

D.ª TER. Admitiremos á los que nos señalen. Lo contrario fuera una grosería...

D. RUP. (Que está sentado escribiendo.) «*Don Lino Gutiérrez. Registrador.*» ¡Este me va á pagar ahora lo que me hizo en las últimas elecciones! Le suelto catorce soldados y un cabo. (¡Qué se aguante!)

TULA Diga usted, don Ruperto. Tendremos banda militar, ¿verdad?

D. RUP. ¡Naturalmente!

LUISA ¿Y van á estar aquí muchos días?

D. RUP. No lo sé; los que les dé la gana.

TULA ¿Y diga usted?...

D. RUP. Déjenme ustedes, déjenme ustedes, que tengo mucho que hacer... Adiós, Ramón. A los piés de usted, señora.

LUISA Pero, papá...

TULA Oiga usted...

D. RUP. Dejadme, dejadme... Estoy ocupadísimo. (Vase por el foro derecha, seguido de Tula y Luisa.)

ESCENA IX

DON RAMÓN y TERESA

D. RAM. ¡Vamos á ver! ¿Qué me dices tú de esos alojamientos?

D.ª TER. Pues que no hay más remedio que admitirlos.

D. RAM. Pero, mujer... Meter en casa á cuatro oficialitos, cuando tenemos una sobrina joven y guapa...

D.ª TER. Ahí tienes uno de los inconvenientes de que yo te hablaba antes...

D. RAM. Ten la bondad de decir á Inés que no se separe de ella ni un momento. Tula es una niña muy vehemente, y puede enamorarse del primero que le diga cuatro tonterías, y ya ves, que sin consentimiento de su padre...

D.ª TER. ¡Qué ha de enamorarse esa chiquilla! Si no piensa más que en sus aficiones hípicas.

D. RAM. ¡Por eso! Ya has oído que le gustan los lanceros, y hace un instante me habló con mucha seriedad del amor espontáneo.

D.ª TER. Pues, hijo, ¡como no la tengamos bajo llave!

D. RAM. Por lo pronto, me harás el favor de no hablar á nadie de la fortuna de la niña. Diremos que es una sobrina pobre, que hemos recogido.

D.ª TER. ¡Jesús, hombre! ¡Cuánta precaución! No parece sino que te la van á robar.

D. RAM. No quiero responsabilidades para el día de mañana.

D.ª TER. Bueno. (Toca el timbre.) Ahora déjame, que tengo otras muchas cosas en qué pensar.

ESCENA X

DICHOS, ROQUE, después MARÍA y ROSA

ROQUE ¿Llamaban los señores?

D.ª TER. Diga usted á Rosa y María que hagan el favor de venir.

ROQUE En seguida. (Vase foro izquierda.)

D.ª TER. Ramón.

D. RAM. ¿Qué?

D.ª TER. Dame dinero.

D. RAM. ¿Dinero?

D.ª TER. ¡Naturalmente! No tengo bastante.—Cuenta con que ahora vamos á tener cuatro bocas más, es decir, ocho bocas, porque me figuro que vendrán también los asistentes.

D. RAM. (¡Dios nos asista!) Toma, mujer; toma y coge el dinero que necesites. (Le da una llave. Se presentan María, Rosa y Roque. Rosa y María hablarán con marcado acento vascongado.)

ROSA ¿Qué desean los señores?

D.ª TER. Vaya usted á aviar inmediatamente los dos gabinetes del jardín.—Es preciso hacer las cuatro camas.—Luego sacaré las ropas.—Tendremos alojados.

MARÍA ¡Ya lo sabemos, señora! (Muy contenta.)

ROSA No hay muchacha en el pueblo que no sepa que hoy llegan esos batallones.

D. RAM. (¡Cómo se alegran las condenadas!)

D.ª TER. Ande usted. (A Rosa.) No hay tiempo que perder.

ROSA Voy en seguida, señora. (Vase foro izquierda.)

D.ª TER. Tú, Roque, baja á la bodega y sube unas cuantas botellas.

ROQUE ¿Aquéllas tan *empolvás?*

D.ª TER. ¡Sí! Las mejores. (Vase Roque foro derecha.)

D. RAM. (¡Dios mío de mi alma!)

D.ª TER. Y tú, María, vete corriendo á ver al carnicero, y que te corte una pierna.

MARÍA ¡Señora!

D.ª TER. ¡Una pierna de ternera, estúpida!

MARÍA ¡Ah! Voy corriendo. (Vase foro izquierda.)

ESCENA XI

DON RAMON, TERESA, luego ROQUE, y más tarde CONSTANTINO

D.ª Ter. Una mujer de su casa necesita estar en todo, completamente en todo.

D. Ram. (Y un hombre de su casa debiera marcharse de su casa cuando ocurren estas cosas en su casa.)

Roque (Con una tarjeta.) ¡Señor!

D. Ram. ¿Qué hay?

Roque Este caballero pregunta si puede pasar. (Le da la tarjeta.)

D. Ram. ¡Ah! (A Teresa.) Es el nuevo boticario. (A Roque.) Que pase.

D.ª Ter. Yo no estoy para visitas de cumplido, recíbele tú. (Vase primera izquierda y vuelve luego.)

D. Ram. Pues así que estoy yo también de humor para recibir visitas... (Entra Constantino foro derecha.)

Const. ¡El señor Aguirre!

D. Ram. Servidor. Pase usted, adelante.

Const. Recién llegado á esta localidad, y deseando relacionarme con las personas más distinguidas de esta localidad, tengo el honor de ofrecer á usted mis servicios en la elegante farmacia que he instalado en esta localidad. Constantino Cebolleta, servidor de usted.

D. Ram. Gracias. Tome usted asiento.

Const. (Sentándose.) Gracias. Pues, yo, caballero, tendré un verdadero placer en que usted y su distinguidísima familia necesiten los productos de mi bien montado laboratorio.

D. Ram. Gracias...

Const. Farmacéutico por vocación, he consagrado todos los esfuerzos de mi inteligencia á desentrañar los más recónditos secretos de la química moderna, habiendo obtenido en mi larga carrera las calificaciones más brillantes, como lo prueba la hoja de estudios que voy á tener el honor de leer á usted. (Mientras

estas últimas palabras de Constantino, María se presenta en el foro y hace señas de querer hablar con don Ramón.)

D. RAM. Déjeme usted, estoy ocupado. (A la cocinera.)

CONST. Ah, usted perdone; volveré en otra ocasión. (Levantándose.)

D. RAM. Hablaba con la cocinera.

CONST. En ese caso... (Se sienta.) Pues, como verá usted por mi hoja de estudios. . (Entra Teresa.)

D.ª TER. ¡Ay! Que no me acordaba de la visita.

D. RAM. (Presentándole.) El señor es el nuevo farmacéutico.

D.ª TER. Caballero...

D. RAM. Mi mujer.

CONST. Señora ..

D. RAM. Con su permiso; voy un momento á mi despacho. (Lo que es yo, no me trago esa hoja de estudios.) (Vase primera derecha.)

CONST. Señora... (Sentándose.) Recién llegado á esta localidad, y deseando relacionarme con las personas más distinguidas de esta localidad, tengo el honor de ofrecer á usted mis servicios en la elegante farmacia que he instalado en esta localidad. Constantino Cebolleta, servidor de usted.

D.ª TER. (Impaciente.) (En qué ocasión ha venido este hombre.) (María aparece otra vez en el foro, con el cesto de la compra, y hace señas á doña Teresa.)

CONST. Su esposo de usted no ha podido enterarse, como yo deseaba, de las brillantes calificaciones obtenidas en mi carrera, y voy ahora mismo... (Abriendo el pliego.)

D.ª TER. ¡Vaya usted enhoramala! (A María, que se marcha.)

CONST. ¡Señora!... (Levantándose.) No creo haber faltado...

D.ª TER. ¡Hablaba con la cocinera!

CONST. ¡Ah, ya! Usted perdone. (Sentándose.) Farmacéutico por vocación, he consagrado todos los esfuerzos de mi inteligencia... (Aparece Inés.)

ESCENA XII

DICHOS é INES.—Luego TULA

INÉS ¡Ah!... No sabía... (Va á retirarse.)
D.ª TER. Pase usted, pase usted.
CONST. (La cocinera otra vez.) (Levantándose.)
D.ª TER. Tenga usted la bondad de hacer compañía á este caballero... La institutriz de mi sobrina (Presentándole.) El señor don Constantino Boticario, el nuevo Cebollino de esta localidad; digo, usted perdone... el señor Cebollino.
CONST. ¡Cebolleta, señora!
D.ª TER. ¡Ah, sí!... Pues está usted en su casa. Yo, con su permiso, voy á dar algunas disposiciones... (¡Qué hombre más pesado!) (Vase segunda derecha.)
INÉS Puede usted sentarse. ¿Conque hace poco que ha llegado usted á este pueblo?
CONST. Sí, ¿señora, ó señorita?
INÉS Señora, digo, no; señorita.
CONST. Pues bien, señorita. Recién llegado á esta localidad y deseando relacionarme con las personas más distinguidas de esta localidad, tengo el honor de... (Tula, que ha aparecido momentos antes en la puerta del foro izquierda, hace señas de que quiere hablarla.)
INÉS Un momento; me llaman.
CONST. Será la cocinera. (Volviéndose y viendo á Tula.) (No, pues no es la cocinera.) Señorita.
TULA Caballero. (A Inès.) ¿Quién es este tipo?
INÉS El nuevo boticario.
TULA (¡Jesús, qué facha tan ridícula!) (Riéndose.)
INÉS ¿Para qué me llamas?
TULA ¿Tienes tú las llaves del armario de luna...?
INÉS Sí; debo tenerlas en mi cuarto; ven y te las daré. Con permiso de usted... Un momento. (A Constantino.)
TULA (Inclinándose.) Caballero... (Efectivamente, tiene facha de boticario.) (Vanse segunda derecha.)

ESCENA XIII

CONSTANTINO solo, luego LUISA

CONST. ¡Qué familia tan particular! Está visto que he llegado en mala ocasión. (Viendo la alfalfa.) ¿Qué hierba medicinal será esta? (Coge un poco y lo huele.) No la conozco. (Saboreando unas hojas.) ¡Nada! No sé lo que es.

LUISA (Entrando.) ¡Tula!. . ¡Tula! Pero, ¿dónde se ha metido esa chica?... ¡Ah! Caballero.

CONST. ¿Es á la señorita de Aguirre á quien tengo el honor de saludar?

LUISA No, señor; soy la hija de don Ruperto Gurtabeitia, alcalde de esta villa.

CONST. ¡Ah! Tengo sumo gusto...

LUISA Muchas gracias... (Es simpático este joven.)

CONST. Recién llegado á esta localidad y deseando relacionarme con las personas...

LUISA ¿Dice usted recién llegado? Usted debe ser el nuevo farmacéutico.

CONST. Constantino Cebolleta, servidor de usted.

LUISA Me lo había figurado.

CONST. (Qué penetración.) Pues hoy mismo, señorita, pasaré á su casa de usted á ponerme á las órdenes de su señor papá, porque recién llegado á esta localidad y deseando relacionarme...

LUISA No vaya usted hoy, porque no le encontrará en casa... Con la cuestión de los alojamientos está ocupadísimo. Ya sabrá usted que hoy llegan unos batallones.

CONST. No sabía nada.

LUISA Pues sí, vamos á estar divertidísimos. Vendrá, por lo menos, una banda militar, y yo pienso decirle á mi papá que organice un baile en el salón del Ayuntamiento. ¿Usted será bailarín?

CONST. No, señora, soy farmacéutico.

LUISA Pregunto si es usted aficionado al baile.

CONST. Regular.

LUISA Pues es necesario que baile usted, porque los

pollos de este pueblo son de lo más soso que usted puede imaginarse.

CONST. (No le he parecido soso á esta señorita.)

LUISA ¡Ay, el baile! A mí me encanta el baile. Ya verá usted; allí nos reuniremos las principales familias.

CONST. Esa podrá ser una gran ocasión para ofrecerles á todas mis respetos, porque, créame usted, señorita, estas visitas de cumplido me cargan de un modo extraordinario.

LUISA Muchas gracias.

CONST. No lo digo por usted, muy al contrario; este momento es para mí de verdadera felicidad... ¡Sí! créamelo usted. ¡De verdadera felicidad! (Mirándola extasiado.)

LUISA (¡Ay, qué manera de mirarme!) Yo, caballero...

CONST. (Me gusta, me gusta la hija del señor alcalde.)

ESCENA XIV

DICHOS y DON RAMÓN por primera derecha, después DOÑA TERESA, INÉS y TULA por segunda derecha

D. RAM. ¡Ah, que está todavía por aquí el señor!...

CONST. Constantino Cebolleta, servidor de usted.

LUISA (¡Qué interrupción tan inoportuna!)

CONST. Con permiso de ustedes me retiro. Ya he molestado bastante.

D. RAM. Aquí tiene usted una casa y un amigo á su disposición.

CONST. (Acercándose á Luisa y dándole la mano.) Señorita. ¡He tenido una verdadera felicidad!...

LUISA Caballero...

(En el foro se encuentra con doña Teresa, Tula é Inés, que salen segunda derecha.)

CONST. Señoras... Estoy á los pies de ustedes.

D.ª TER. Beso á usted la mano.

TULA Usted lo pase bien... (Riendo.) ¡Já, já!... (A Luisa.) Pero, ¿has visto qué ridículo es el nuevo farmacéutico?

LUISA ¿Ridículo?... Pues á mí me ha parecido un joven muy simpático.

TULA Tío, ¿sabes si Roque ha subido ya las dos canastillas de flores?

D. RAM. ¡Qué flores!

TULA Las que hemos de tirar desde el balcón cuando pasen las tropas.

D. RAM. Niña, esas manifestaciones de entusiasmo me parecen intempestivas.

TULA ¡Intempestivas! Pues yo no me quedo sin tirarles algo.

ESCENA XV

DICHOS, DON RUPERTO

D. RUP. ¡Jesús! Esto es para desesperar á cualquiera, En todo el pueblo no encuentro local á propósito para colocar los caballos del escuadrón.

D. RAM. ¡Qué lástima!

D. RUP. Ramón, vas á sacarme del compromiso.

D. RAM. ¿Eh?

D. RUP. ¿Cuantas plazas tienes en tu caballeriza?

D. RAM. Ninguna. Las tres que hay están ocupadas por las jaquitas de la niña y el macho de la noria.

D. RUP. Bueno, pues mira. En la parte baja del jardín, en la calle de los castaños de Indias. arreglamos unos pesebres de cualquier manera, y allí estarán perfectamente.

D. RAM. ¡Pero, Ruperto!

TULA Sí, tío, sí.

D. RAM. No, sobrina, no.

D. RUP. ¡Vaya! Esta dificultad ya está vencida.

D. RAM. ¡Es claro! De ese modo no hay dificultad posible.

D. RUP. Este Ramón es famoso. Toma las cosas de una manera...

D. RAM. Pero, hombre, ¡por la Virgen Santísima! Soy capaz de transigir con esa irrupción de caballos; pero sabiendo que en esta casa hay una señora y dos señoritas, mandarme cuatro oficiales ..

D. RUP. ¡Claro! Sobra uno.
D. RAM. No, señor. Sobran los cuatro.
D. RUP. Cálmate, hombre, cálmate. Se me ocurre la manera de evitarte ese disgusto.
D. RAM. ¿Sí?
D. RUP. Sí, señor. Acabo de saber que mañana llegará á esta un general de división.
D. RAM. Bueno, ¿y qué?
D. RUP. Que te quito los cuatro oficiales y te suelto el general.
D. RAM. Corriente.
D. RUP. Yo pensaba hospedarlo en mi casa; pero si tú lo prefieres...
D. RAM. Desde luego. ¡Que venga el general!
TULA No, tío; que no venga el general.
D.ª TER. Opino lo mismo que tu sobrina.
D. RAM. Será un hombre serio, formal y de una edad respetable...
D.ª TER. Sí, y gruñón y lleno de achaques. ¡Vamos á estar divertidos en esta casa!
D. RAM. Pero, mujer, ¿á vosotras se os figura que esta casa es un círculo de recreo?
LUISA Oye, papá. (A don Ruperto.) ¿Los cuatro oficiales, serán para nosotros?
D. RUP. No. Se los encajaré también al registrador.
D. RAM. ¡Nada, nada! (A doña Teresa y Tula.) Está decidido. Nos quedamos con el general.
D. RUP. Perfectamente. Vuelvo al Ayuntamiento.
D. RAM. (A doña Teresa, que insiste.) No te molestes. ¡No quiero oficialitos! (Vase primera derecha.)
D.ª TER. ¡Jesús! ¡Qué hombre este! (Vase segunda izquierda.)
LUISA Pero, dime, papá: ¿nosotros nos vamos á quedar sin alojados?
D. RUP. No, hija, no. Como tu madre está siempre con sus dichosas jaquecas, he creído conveniente quedarme con el médico militar.
INÉS ¡Eh! (Sorprendida.) ¿Dice usted que un médico militar? ¿Cómo se llama?
D. RUP. Aquí tengo su nombre. (Saca un papel y lee.) «Ernesto Medina.»
INÉS (¡Dios mío!)
D. RUP. ¡Vaya, abur! Luego volveré á buscarte. (A Luisa.) Ustedes lo pasen bien. (Vase foro derecha.)

TULA ¿Qué tienes?
INÉS ¿Yo? Nada.
LUISA ¡Figúrate qué huésped; un médico militar.
TULA ¡Será un facha, de seguro!
INÉS Estás equivocada.
TULA ¿Le conoces acaso?
INÉS ¿Yo?... No. Pero se puede ser médico militar y al mismo tiempo un joven muy guapo y muy distinguido.

ESCENA XVI

DICHOS y ROQUE, foro derecha

ROQUE Señoritas...
INÉS ¡Qué!
ROQUE Un señorito oficial, muy guapo, pregunta si...
TULA, LUISA ¿Un oficial?
INÉS ¿Médico, acaso?
ROQUE Señorita, no lo sé; él lleva una cosa... así... con muchos bordados y muchos cordones...
TULA Que pase, que pase. (Vase Roque.)
INÉS (¡No es el!) Por si no puedo hablar á Ernesto voy á escribirle cuatro letras. (Vase segunda derecha.)

ESCENA XVII

TULA, LUISA, luego ARTURO, cadete de caballería. Usa quevedos ó monóculo

TULA Un oficial, y nos encuentra así, sin arreglar. (Va al espejo de la izquierda y se pone polvos.)
LUISA Voy á ponerme el sombrero; dicen que me favorece mucho. (Se pone el sombrero frente al espejo de la derecha.)
TULA ¡Jesús, qué cabeza; parece que me han peinado los enemigos! ¡Y qué manos; las tengo congestionadas! (Levantando los brazos en alto como para bajar la sangre de las manos.—Arturo ha entrado en la antesala y se arregla frente al espejo

del perchero, peinándose cuidadosamente con un peine que sacará del bolsillo.)

TULA (A Luisa, en voz baja.) Ya está ahí. (Se sienta y abre el libro que está sobre el velador.)

LUISA ¡Jesús, qué guantes; me hacen unas manos grandísimas! (Se sienta junto á la mesa.)

ART. (En la puerta del foro, poniéndose los quevedos.) Me parece que no hay nadie. ¿Se puede?

TULA (Fingiéndose distraída.) ¿Eh? ¿Quién?

ART. ¡Ah! (Adelantándose hacia Tula.) ¡Una señorita! Estoy á los pies de usted.

LUISA Beso á usted la mano.

ART. (Volviéndose.) ¡Ah! Otra señorita.

TULA Siéntese usted, la tía saldrá al momento.

ART. ¡La tía! ¿Tienen ustedes una tía? (Se sienta entre las dos.)

TULA No. La tengo yo. La esposa de mi tío.

ART. Muy señora tía. Digo, muy señora mía. Siento haber venido á interrumpir á usted en su interesante lectura. (A Tula.)

TULA No; estaba hojeando esta novela, *El primer amor.*

ART. *¡El primer amor!* No la conozco ¿Y de quién es?

LUISA De mi papá.

ART. ¡Ah! ¿Su papá de usted es novelista?

LUISA No, señor; es alcalde.

ART. ¡Ah! Precisamente vengo en su busca: en el Ayuntamiento me han dicho que se encontraba aquí. Necesito verle inmediatamente. Me he adelantado á la columna que debe llegar de un momento á otro.

LUISA Pues papá estará en el Ayuntamiento. Han debido ustedes cruzarse en el camino.

ART. No le he visto. Verdad es que no le conozco. Nada, voy á buscarle en seguida. La compañía de ustedes me es muy grata, pero los deberes militares... (A Tula.) Señorita... (Es encantadora esta muchacha) (A Luisa.) He tenido tanto gusto... (También esta muchacha es encantadora.) Estoy á los pies de ustedes. (Dirigiéndose puerta foro izquierda y tropezando en algún mueble.)

TULA No, no; esa es la puerta que va á la cocina.

ART. ¡Ah! Sí, es verdad. (Dirigiéndose al balcón.)

LUISA No, ese es el balcón.

ART. ¡Ah! Sí, justo. Perdonen ustedes; esta falta de vista... No sabe uno por dónde entra ni por dónde sale.

TULA (Indicándole la puerta) Por ahí, por ahí.

ART. ¡Ah! Sí; esta es la salida. Estoy á los pies de ustedes.

ESCENA ULTIMA

TULA, LUISA, luego MARIA, ROSA y más tarde DOÑA TERESA, INÈS, ROQUE y DON RAMÓN

TULA Este joven debe ser temible en una acción. Es capaz de pegar un sablazo á un compañero, creyendo que es el enemigo. (Se oye lejano el toque de cornetas de infantería y clarines de caballería.)

ROSA (Con el plumero en la mano sale foro izquierda; detrás de ella María con los brazos arremangados y una sartén en la mano derecha.) ¡Señoritas!... ¡Señoritas!

MARIA Ya vienen, ya vienen.

LUISA ¿Qué?

ROSA ¿Que ya vienen las tropas.

MARIA ¿No oyen ustedes las cornetas?

TULA Sí. (Oyendo.) Es verdad. Tío... tía... Inés. (Llamando. Se oye la banda militar que se acerca pausadamente, hasta que se supone que los batallones desfilan debajo del balcón al final del acto.) ¿Y Roque? ¿Dónde está Roque que no trae esas flores?

ROQUE (Entrando foro derecha con dos canastos de flores.) Aquí están, señorita.

TULA Trae acá, trae acá. Tía, tío... Inés, salgan ustedes.

D.ª TER. ¿Qué? ¡Ah! Las tropas. Dejadme... dejadme. (Se acerca al balcón.)

MARIA Señora, suba usted aquí, encima de esta silla.

INÉS (Saliendo.) ¡Dios mío, al fin voy á verle! (Gritos de algazara en el grupo, saludos, vítores, etc. Fuerte en la banda.)

D. Ram. (Al ver el grupo.) Teresa... Niña. Pero esta es una casa de locos. (Transición.) Lo cierto es que estos acordes militares hacen latir de entusiasmo el corazón más frío é indiferente.

Tula ¡Más flores!

D. Ram. ¿Más flores? ¡Allá van estas! (Coge dos floreros que habrá sobre la consola y las entrega á Tula, que arroja las flores á la calle. Don Ramón se sube á una silla y agita entusiasmado su pañuelo.) ¡Viva el ejército español! (Anímese todo lo posible este final.)

FIN DEL ACTO PRIMERO

ACTO SEGUNDO

La misma decoración del acto anterior

ESCENA PRIMERA

ROQUE, asomado al balcón; luego, ROSA

ROQUE — ¡Jesús! ¡Cómo está el pueblo desde ayer! ¡No se ven más que soldaos por esas calles! Allá voy, hombre, no te impacientes. (Hablando con el canario.) ¡Pobrecito! Las señoritas te tienen completamente abandonado; toma, cómete ese bizcocho.

ROSA — ¡Roque! ¡Roque! (Entra foro derecha.)

ROQUE — ¿Qué hay?

ROSA — Ahí está otra vez ese oficial, que ha venido ya cinco veces esta mañana.

ROQUE — ¿El médico militar?

ROSA — Creo que es ese. Pregunta por el General. Ya le he dicho que no había llegado todavía; pero él dice que desea pasar.

ROQUE — Pues que pase adelante.

ROSA — Recíbele tú, que yo tengo mucho que hacer. (Vase foro izquierda.)

ESCENA II

ROQUE y ERNESTO con uniforme de médico primero de Sanidad Militar en campaña

ROQUE — Pase usted, señorito.

ERN. — ¡Hola!

ROQUE — ¿Otra vez por aquí?

ERN. Así parece. (Mirando á todas partes.)

ROQUE El señor General no ha venido aún.

ERN. Ya lo sé; pero debe llegar de un momento á otro; y como necesito verla, digo, verle inmediatamente...

ROQUE Pues espérele usted; tome usted asiento.

ERN. Gracias.—Vamos á ver, ven acá; vas á hacerme un favor.

ROQUE Lo que usted quiera, señorito.

ERN. (Después de pensar un instante.) (¡No! Sería una imprudencia.) Puedes retirarte.

ROQUE Tenía que limpiar; pero, si es que estorbo...

ERN. No, no estorbas; pero retírate...

ROQUE Con permiso de usted. (¡Qué señor tan extraño!) (Vase foro izquierda.)

ESCENA III

ERNESTO. Luego INÉS

ERN. Esta dichosa casa parece un palacio encantado. Seis veces he venido desde anoche, y no he podido ver todavía...

INÉS (Asomándose cautelosamente puerta segunda derecha.) ¡Pchis! ¡Ernesto!

ERN. ¡Eh!—¡Ah! ¡Por fin, Inés de mi alma! (Yendo á abrazarla.)

INÉS ¡Oh! ¡Calla, por Dios!—Te he visto entrar desde la ventana. Ya sé que has venido cuatro veces.

ERN. Han sido seis; pero, al fin, ya puedo estrecharte entre mis brazos.

INÉS ¡Ernesto, por Dios! ¡Si esta familia se enterara!

ERN. Al cabo tendrá que enterarse. Nuestra situación es insostenible.

INÉS Ten calma y no dudes jamás de mi cariño.

ERN. ¡Yo dudar de ti, Inés de mi vida!

INÉS ¡Ernesto de mi corazón. (Abrazándose. Se oye la voz de Tula.)

TULA ¡Inés!... ¡Inés!

INÉS Cállate. (A Ernesto.)

ESCENA IV

DICHOS, TULA

TULA (Entrando foro derecha.) ¡Eh! ¡Hay visita! ¡Ah! ¿Es usted?

ERN. Servidor de usted, señorita.

INÉS ¿Le conocías?

TULA Le vi esta mañana cuando vino preguntando por el General. (Aparte.) ¿Sabes que es muy simpático este médico?

INÉS Gracias.

TULA ¿Eh?

INÉS Gracias... á Dios que consigo verte. ¿Dónde has ido esta mañana después de misa?

TULA ¡Ah! No sabes lo que nos hemos divertido. Luisa y yo hemos estado hablando desde el balcón de su casa con unos oficiales que están alojados enfrente. ¡Jesús, las cosas que nos han dicho! Está ya acordado lo del baile. Y no sabes lo mejor. Que me han comprometido á que cante unas guarachas. ¿Sabes dónde están las últimas que hemos recibido?

INÉS Ahí estarán, entre los papeles.

TULA Pues, con permiso de usted, voy á darles un repaso.

ERN. Sí, sí. Estudie usted lo que quiera, como si estuviese usted sola. (¡Ojalá nos hubiera dejado solos!)

TULA (Hojeando los papeles.) *La Bibijagua.* Sí, les cantaré *La Bibijagua.* (Se sienta al piano y empieza á preludiar.)

ERN. (Bajo á Inés.) Nos ha fastidiado esta niña.

INÉS ¿Y qué quieres que yo le haga?

ERN. Te comería á besos.

TULA (Cantando.) ¡Cuidadito, cuidadito!

ERN. ¿Eh? (Sorprendido.)

INÉS Es la letra de la guaracha.

ERN. ¡Ah! ¡Déjame! Siquiera en una mano. (Cogiéndola una mano, que ella abandona, y al ir á besarla Tula se levanta.)

TULA Oye, Inés. (Viéndolos.) ¡Eh!

ERN. (Aparte.) Deja. (Alto.) 66, 67, 68. Nada, nada, señorita; el pulso es muy frecuente y muy irregular. El corazón no funciona bien.

TULA ¡Cómo! ¿Estás mala?

ERN. No; no es cosa de cuidado. Pondré una receta. (A Inés, bajo.) Dame papel.

INÉS Aquí lo tiene usted. (Indicándole el velador.)

TULA ¿Estabas enferma y no me decías una palabra?

INÉS No te preocupes; no tiene importancia.

ERN. Los nervios, señorita; son los nervios. (Escribiendo.)

TULA (Acercándose por detrás á Ernesto.) Diga usted, ¿será grave?

ERN. (Aparte.) ¡A que no me deja ni escribirla! (Alto.) Tranquilícese usted, ya le he dicho que son los nervios. (Le da el papel á Inés.) Aquí tiene usted la receta.

INÉS Muchas gracias.

TULA ¿Qué te ha mandado?

ERN. (Tratando de evitar que lo lea.) Oiga usted, señorita. Decía usted antes que... que vamos á tener baile.

TULA Sí, señor; en el salón del Ayuntamiento.

ERN. Vaya, pues... me alegro mucho. (Siguen hablando bajo.)

INÉS (Leyendo.) «Necesito que nos veamos diariamente, ó si no hago una barbaridad. No te vayas sin contestarme.» (Alto.) Está bien.

ERN. Ya sabe usted cómo hay que tomar eso. (A Inés.)

INÉS Sí; con mucha calma.

ESCENA V

DICHOS, DON RAMON y DOÑA TERESA, que salen de la puerta primera derecha, vienen discutiendo

D. RAM. Está bien, mujer, está bien. No riñamos por eso. (Viendo á Ernesto.) ¿Eh? (¡Cállate!) (Aparte á doña Teresa.) ¡Oh, señor doctor!... ¿Otra vez por esta su casa?

D.ª TER. ¿Ha llegado ya el General?

ERN. No, señora; y lo siento, porque yo venía precisamente...

D RAM. Oiga usted. A propósito del general. (*A Ernesto. Se sientan á los lados de la mesa de la derecha. Teresa habla aparte á Inés y ésta se va puerta foro izquierda.*)

ERN. (¡Y se marcha sin contestarme!) (*Viendo á Inés.—Queda preocupado.*)

D. RAM. ¿Usted le conoce?

ERN. ¡Eh! (*Distraido.*)

D. RAM. ¿Que si conoce usted al general?

ERN. ¡Sí! ¡Mucho! (¡Esto no se puede soportar!)

D. RAM. Será viejo, ¿eh?

ERN. ¡Sí!... ¡Mucho!...

D. RAM. Y achacoso, ¿verdad?

ERN. ¡Sí!... ¡Mucho!...

D. RAM. El reuma, de seguro. Esa enfermedad es muy general en los generales. Yo también la padezco.

ERN. (¡Paciencia! ¡Volveré mas tarde!) Con permiso de usted... (*Levantándose.*)

D. RAM. Un momento. (*Deteniéndole.*) Usted, como médico, podrá indicarnos lo que debemos darle.

ERN. ¿A quién?

D. RAM. ¡Al general! Hablábamos del general.

ERN. ¡Ah, ya! (¿Y qué me importa á mí el general?)

D. RAM. Habrá que huir en la alimentación de todos los excitantes.

ERN. ¡Justo!

D. RAM. ¿Y pondremos su alcoba á una temperatura agradable?

ERN. Sí, sí, señor; todo eso está muy bien. Con permiso de ustedes. He tenido tanto gusto... señoras... (Lo dicho; esta situación es insostenible.) (*Vase foro derecha.*)

ESCENA VI

DOÑA TERESA, TULA y DON RAMON

D. RAM. Ya lo habéis oído; es preciso tener mucho cuidado con el general. Supongo que su habitación estará ya dispuesta.

D.ª TER. Sí, hombre, sí; ya está dispuesto todo.

D. RAM. ¿A que no te has acordado de mandar que subieran leña.

D.ª TER. ¡Leña! ¿Para qué?

D. RAM. Para encender la chimenea.

D.ª TER. ¿Quieres encender la chimenea á mediados de Septiembre.

D. RAM. Las noches son ya muy frescas y al pobre señor, como reumático, le harán daño las temperaturas bajas. ¡Ah! y no te olvides de mandar preparar los calentadores para la cama.

TULA Sí; y mandaremos bajar de la guardilla la poltrona con ruedas, del abuelito.

D.ª TER. Ya, ya, ni que fuera esto un hospital. Tendremos que andar todo el día con aguas cocidas.

D. RAM. Naturalmente, las infusiones aromáticas son indispensables.

D.ª TER. Valiente pejiguera nos va á caer con el buen señor.

D. RAM. Más pejiguera nos hubiera caído con los cuatro títeres que quería mandarnos el alcalde.

TULA (Que estará mirando por el balcón.) Tío, tío, mire usted que bien lleva el caballo aquel oficial. Eso se llama galopar. ¡Qué remos tan finos! ¡Qué elegancia en los movimientos! ¡Calle y se para delante de nuestra puerta!

D.ª TER. ¿Será el general?

TULA ¡Tía, por Dios! ¡Vaya una ocurrencia! Si viene completamente solo.

D. RAM. Será un ayudante. A ver: ¡Roque!... ¡Roque! (Llamando.)

ROQUE Señor...

D. RAM. Baja en seguida á la puerta. Un oficial acaba de apearse. (Vase Roque foro derecha.) Si este jaleo de militares dura muchos días, nos vamos á volver locos todos los del pueblo.

ESCENA VII

DICHOS y EL GENERAL con capote ó impermeable

EL GEN. Señores...
D. RAM. Pase usted adelante.
EL GEN. ¿El señor Aguirre?
D. RAM. Servidor. Si viene usted buscando al general, le advierto que no ha llegado todavía.
EL GEN. Perdone usted; el general ha llegado ya.
D. RAM. ¿Cómo?
EL GEN. Servidor de ustedes.
TULA / D.ª TER. ¿Eh?
D. RAM. Pero, ¿lo dice usted de veras?
EL GEN. Caballero, no tengo por qué ocultarlo.
D. RAM. ¡Caramba! ¡Pero qué bien se conserva usted!
EL GEN. ¿Qué?
TULA ¡Vaya si se conserva! Si yo creí que era usted más viejo.
EL GEN. Señorita, no soy un muchacho. (A don Ramón) ¿Es su hija de usted?
D. RAM. No, señor, mi sobrina.
EL GEN. Es preciosa.
TULA Muchas gracias.
D. RAM. Favor que usted la hace... ¡Mi mujer!
EL GEN. ¡Señora!...
D. RAM. Favor que usted... (¡Ah! Creí...)
EL GEN. No deseo más que una cosa; que mi estancia aquí no les ocasione ninguna molestia. En mí no vean ustedes la graduación, yo no soy más que un modesto soldado.
D.ª TER. (Es simpático este General.) Con permiso de usted vamos á dar algunas órdenes á las muchachas. Acompáñame, niña.
EL GEN. Señora... señorita... (Tula y Teresa, vanse foro izquierda.)

ESCENA VIII

RAMÓN y EL GENERAL

D. RAM. Pero tome usted asiento. No, no se quite usted el abrigo, que esta habitación está algo fresca.

EL GEN. Yo la encuentro á un temple muy agradable.

D. RAM. Voy á cerrar el balcón. Parece que entra un poquito de aire.

EL GEN. Haga usted lo que guste.

D. RAM. Es preciso tener mucho cuidado con las corrientes. Ya he mandado poner burlete en las vidrieras de su dormitorio de usted. (*Sentándose á su lado.*)

EL GEN. Es inútil; yo duermo con las ventanas abiertas.

D. RAM. Muy mal hecho. Eso le aumentará á usted los dolores.

EL GEN. (¡Los dolores!)

D. RAM. ¡Ah! Le advierto á usted que si necesita salicilato yo puedo proporcionarle unos papelillos. Los estoy tomando á cada momento.

EL GEN. Muchas gracias, no los uso.

D. RAM. ¡Ah! Prefiere usted el yoduro potásico. Pues mire usted, á mí no me ha hecho efecto nunca.

EL GEN. ¿Yoduro? ¿Salicilato? ¿Pero para qué necesito yo todas esas cosas?

D. RAM. Para los dolores.

EL GEN. ¡Pero qué dolores! Si á mí no me duele nada. Me ha tomado usted sin duda por un inválido.

D. RAM. Perdone usted, mi General, pero como el médico me ha dicho hace un momento que padecía usted mucho de reuma.

EL GEN. ¿Qué le ha dicho á usted el médico?...

D. RAM. Sí, señor, el médico militar. Y que debe interesarse mucho por usted. Desde anoche ha estado nada menos que seis veces á preguntar si había usted llegado.

EL GEN. Pues si vuelve la séptima, yo le haré que modifique su opinión respecto de mi salud.

D. RAM. Crea usted que me alegro en el alma de haberme equivocado, y le ruego que me dispense si yo...

EL GEN. De todos modos, le agradezco esas pruebas de interés.

D. RAM. ¡Pues si hasta había mandado encender la chimenea, y preparar los calentadores!

EL GEN. ¡Já, já, já! Tiene gracia.

D. RAM. Nada, nada, que me empeñaba en que le dolian á usted todas las articulaciones.

EL GEN. Con permiso de usted quisiera arreglarme un poco.

D. RAM. Pase usted... Aquí tiene dispuesta su habitación.

EL GEN. Muchas gracias.

D. RAM. Si necesita usted alguna cosa, no vacile en pedirla, porque todos estamos á sus órdenes.

EL GEN. Muchas gracias. Procuraré molestar lo menos posible. (Vase primera izquierda.)

ESCENA IX

DON RAMÓN, luego TULA

D. RAM. Cada vez me alegro más de haber aceptado este alojamiento. El General parece un hombre muy campechano, y nos dará muy poco que hacer.

TULA (Por el foro izquierda.) ¡Tío, tío! Un oficial y algunos soldados de caballería acaban de apearse en la puerta.

D. RAM. Mira, niña, haz el favor de irte á tu habitación, y no ocuparte de los militares para nada.

TULA Pero tío...

D. RAM. Anda, anda y déjame en paz. (Llevando á Tula hasta la puerta segunda derecha.)

TULA ¡Jesús, no la dejan á una ni respirar! (Vase.)

ESCENA X

DON RAMÓN, MENDOZA, capitán de lanceros ó de cazadores, y ROQUE

ROQUE Yo no sé nada. Aquí tiene usted al señor. (Vase Roque)

D. RAM. ¿Qué hay, qué hay?

MEND. ¿Es el señor Aguirre con quien tengo el gusto de hablar?

D. RAM. Servidor de usted.

MEND. Ramiro Mendoza, ayudante del General.

D. RAM. Muy señor mío.

MEND. Le ruego que me indique la habitación que me hayan destinado.

D. RAM. ¿Qué habitación?

MEND. ¿No es aquí el alojamiento del General?

D. RAM. Sí, señor.

MEND. Pues, caballero, ya sé la molestia que causan estas cosas; pero entérese usted. (Dándole la boleta.)

D. RAM. «Se servirá alojar al general Gutiérrez, á su Estado Mayor y á su escolta.» ¿Eh? ¿A su escolta también?

MEND. Sí, señor: dos ayudantes, un oficial de órdenes, un oficial de Estado Mayor, los asistentes, los ordenanzas y veinticinco caballos.

D. RAM. ¡María Santísima! ¿Y tengo yo que dar alojamiento á toda esta tropa?

MEND. Necesariamente. Crea usted que por mi parte lamento el disgusto que podamos causarle.

D. RAM. ¡Cómo disgusto! ¡Si lo celebro en el alma! Pues no faltaba más. Voy á decírselo á la familia. Perdone usted si le dejo solo.

MEND. Nada de cumplidos.

D. RAM. (Un general, cuatro ayudantes de lanceros, un ordenanza del asistente, un cabo de estado mayor. ¡Dios mío de mi alma! ¿por qué no habré tomado los cuatro oficialitos?) (Vase primera derecha.)

ESCENA XI

MENDOZA, ROQUE, luego ARTURO

MEND. ¡Qué cara ha puesto el pobre señor! Lo siento mucho, pero bien sabe Dios que nosotros no tenemos la culpa. (A Roque que cruza la escena.) Oye, muchacho: el General estará descansando, ¿eh?

ROQUE Creo que sí, señor.

MEND. Pues entérate de la habitación que me destinan, porque yo también necesito descansar. (Vase Roque foro izquierda.—Arturo en la puerta del foro derecha.)

ART. ¿Eh? (Mirando) ¿No hay nadie?

MEND. ¡Arturito!

ART. ¿Quién? ¡Oh, querido Mendoza! Ya me han dicho que habíais llegado. ¿Y el General?

MEND. En su cuarto está. Si vienes á saludarle...

ART. No, déjale tranquilo. A lo que yo vengo es á otra cosa.

MEND. ¿Sí, eh? ¿Cuestión de faldas, de seguro?

ART. Sí, chico; estoy enamorado.

MEND. ¡Pero, hombre, que siempre has de ser el mismo! ¡Conquistando corazones por todas partes!

ART. No; el de aquí no le he conquistado todavía; pero confío en mis condiciones personales para vencer en esta nueva lucha amorosa.

MEND. Y cuéntame... ¿quién es ella?

ART. Ya sabes que esta casa es del señor Aguirre.

MEND. Sí; hace un momento he tenido el gusto de saludarle.

ART. ¿Y no has saludado también á su sobrina?

MEND. ¡Ah! ¿Tiene una sobrina? Lo ignoraba.

ART. ¡Una sobrina encantadora!

MEND. ¡Ah, vamos, es ella!

ART. La misma. Sólo la ví ayer por la tarde un momento y otro momento cuando salía esta mañana de la iglesia. Pero tú ya sabes que para estas cosas á mí me basta con dos

momentos. Es cubana. A mí me encantan las cubanas.

MEND. Y las peninsulares también.

ART. Se llama Tula. Es guapísima; vino hace dos años de la Habana, después de la muerte de su madre. ¡No hay suegra! Está educada por una institutriz que dicen que es muy guapa, y aquí no tiene más familia que su tío y su tía, que son...

MEND. ¿Muy guapos también?

ART. No; son unas excelentes personas, según dicen. Yo no los conozco; pero todas estas son noticias que he recogido esta mañana por el pueblo. Si consigo que la cubana no rechace mis pretensiones, hago una jugada magnífica. Su padre es un inglés.

MEND. ¿De quién?

ART. De nadie; es inglés de verdad; está establecido en Nueva York, se llama mister Mórton; es un hombre riquísimo; no tiene más hija que Tula.

MEND. ¡Ah, pillo!

ART. Tu ya conoces mi carácter; ya sabes que estas cosas de la milicia me cargan de una manera extraordinaria. Soy militar como podía ser cualquier otra cosa; mi temperamento está reñido con todo lo que sea belicoso, pero mi mamá tiene empeño en hacerme de caballería, y, francamente, chico, estas marchas forzadas y esta intranquilidad y este continuo sobresalto, son buenos sólo para vosotros, los que tenéis otra clase de aspiraciones: yo no aspiro más que á vivir libre, feliz é independiente. Nada, nada, si consigo casarme con Tula, ahorco la carrera y me dedico á vivir de mis rentas, es decir, de las rentas de Tula.

MEND. ¡Vaya con Arturito! ¡Y qué largo ves en materias amorosas!

ART. Sí, chico, á pesar de ser miope. Por supuesto que de lo que hemos hablado ahora...

MEND. Estate tranquilo.

ART. Digo esto porque si la muchacha supiera que no tengo nada de belicoso...

MEND. ¡Ah, descuida, que si llega ocasión le diré que eres más valiente que Roldán!

ART. ¿Qué Roldán? ¿El teniente de cazadores? Sí que es muy valiente ese muchacho. Pues, querido Mendoza, espero que me protejas, y aprovechando tu alojamiento en esta casa, vendré por aquí con muchísima frecuencia. Entre camaradas, hoy por mí, mañana por tí.

ESCENA XII

DICHOS y JIMÉNEZ, soldado de caballería, con unas maletas y un capote al brazo

JIM. ¡A ver, patrona! ¿Hay permiso? (En el foro.)

MEND. ¡Adelante, Jiménez!

JIM. ¡Ah! Mi capitán, ¿me hase usté el favor de desir dónde meto toos estos avíos?

MEND. Déjalos ahí, y baja á arreglar los caballos.

JIM. Ya están arreglaos, mi capitán.

MEND. ¿En buen sitio?

JIM. ¡Ya lo creo, magnífico! Lo mejorsito de la cuadra. Allí había amarraos dos caballitos ansina como ratas, de esos caballos que no sirven pa ná, y me dije: estos están aquí ocupando un sitio que no se merecen, y fuí y los solté de seguida por la puerta del jardín.

MEND. ¡Pero, Jiménez!

JIM. No se asuste usted, mi capitán, que los animaliyos se han puesto más contentos que unas pascuas, y se han largao por el jardín abajo dando unos botes de carnero que es una delisia.

MEND. ¡Animal!

JIM. Eso me dijo la cosinera dende la ventana cuando me vido sortar las jaquillas; pero yo la miré ansina, de frente, la sorté un ¡juyuyuy! con toda mi arma, ¡y cómo se lo diría yo, que la muchacha acabó por llamarme simpático! Náa, que ya tengo partido con

la cosinera. Como que no hay mujer que se me resista.

MEND. ¡Basta! (A Arturo.) Este es un Arturo de la clase de tropa.

ART. ¡Qué bromitas, hombre; qué bromitas!

ESCENA XIII

DICHOS y ROQUE

ROQUE Señor capitán, esta es la habitación. (Segunda izquierda.)

MEND. Jiménez, entra eso. (A Arturo.) Si quieres pasar...

ART. Hombre, sí; te haré un rato de compañía... Tú primero. (En la puerta segunda izquierda.)

MEND. Estoy enmi casa.

(Jiménez, canturreando, Va detrás de ellos con las muletas.)

ESCENA XIV

ROQUE, después INÉS y TULA

ROQUE Buen jubileo vamos á tener en esta casa. El señor está de un humor de mil demonios.

TULA (Entrando.) Roque... Roque... Baja y dile á Lorenzo que coja las jaquitas. Están corriendo por el jardín destrozando todas las plantas. Voy á decírselo á mi tío. Esto es un escándalo. ¿Quién las ha soltado?

ROQUE Señorita, habrá sido el asistente.

TULA ¿Qué asistente?

ROQUE El asistente del capitan.

TULA ¡Ah! ¿Del capitán? No le digas nada á mi tío, se incomodaría mucho. Baja y ayuda á Lorenzo. (Vase Roque foro derecha.)

ESCENA XV

TULA, INÉS, MARIA y luego JIMÉNEZ

TULA ¡Ay, que ya no me acordaba de que tengo que estudiar la guaracha. (Va al piano.) Tocaré fuerte, para que me oiga ese capitán. (Toca.)

INÉS (Por el foro izquierda.) ¡Gracias á Dios que te veo estudiando siquiera una vez! Sigue, sigue. Tienes el piano completamente abandonado. (Se sienta á su lado. Tula toca la guaracha.)

TULA ¡Es dificilísima! (Siguen las dos estudiando la pieza de música, sin fijarse en Jiménez y en María.)

JIM. (Que sale de la segunda izquierda.) ¡Hola, música y tóo! ¡Apenas vamos á estar divertíos en esta casa!

MARIA (Foro izquierda.) ¿Dónde estará la señora?

JIM. ¡Juyuyuy, prenda! ¡Vaya usted con Dios! (Aparte á María.)

MARIA Déjeme usted, que nos pueden ver las señoritas.

JIM. No tema usté ná, que las dos están ocupás en el organillo. ¡Jesús, y qué música! ¿Verdad, chiquilla, que donde están unas malagueñas de lo jondo, acompañás á la guitarra y arrancándose uno así, con un jipío ¡aaay!... (Canta.)

MARIA ¡Pero, hombre!

JIM. Y, vamos á ver, ¿dónde voy á dormir yo esta noche?

MARIA ¿Y á mí qué me cuenta usted?

JIM. ¡Pues a quién se lo voy á contar! Yo, según la Ordenanza, nesesito la segunda habitasión de la casa, agua, vinagre, sal y asiento á la lumbre.

MARIA ¡Pues no necesita usted pocas cosas!

JIM. Por lo rispetive á la sal, me basta con la que á usté le sobra, y en cuanto á la lumbre, no quiero más que estar sentao toa la noche junto á esos ojillos, que tienen más fuego que una descarga de fusilería. (Va á abrazarla,

y María le da una bofetada que debe sonar. María vase precipitadamente.)

INÉS (Volviéndose.) ¿Eh? ¿Qué es eso?

JIM. Náa, señorita, que estaba aplaudiendo la música. (¡Camará, y cómo duelen los aplausos!) ¡A la orden! (Vase foro derecha.)

ESCENA XVI

INES, TULA, luego ARTURO y MENDOZA

TULA (Que sigue estudiando.) Vamos, que es muy difícil esta primera parte.

ART. (A Mendoza; saliendo ambos del cuarto.) ¡Ah! Allí están ella y su institutriz. ¿Verdad que Tula es preciosa?

MEND. Hombre, no le veo la cara.

ART. Ahora verás mi táctica. (Tosiendo.) Ejem... ejem... (Inés y Tula volviendo la cabeza y levantándose.)

INÉS, TULA ¡Ah!

ART. (A Mendoza.) (Voy á presentarte.) Señoritas.

TULA (Aparte á Inés.) ¡Ay! ¡El de *Los Puritanos!*

INÉS ¿Quién?

TULA (Ya te diré.)

ART. Tengo el gusto de presentar á ustedes á mi amigo Ramiro Mendoza, capitán de lanceros, ayudante del General.

MEND. (Acercándose á dar la mano á Tula.) Tengo tanto gusto...

TULA (Creo que me ha reconocido.)

ART. (A Inés.) Señorita, ya que no tengo quien me presente á usted, me presentaré yo. (Dándole la mano.)

MEND. Hemos venido á molestar á ustedes.

TULA No; estaba aquí estudiando una canción de mi país. ¿Le gustan á usted las guarachas?

MEND. Señorita, á mí me gusta mucho toda la música. ¿Me permite usted ver esa canción? Quizás yo pueda acompañarla...

TULA ¿Es usted pianista?

MEND. No, no tanto; un simple aficionado.

TULA — Me honraré muchísimo conque usted me acompañe... (Dándole la canción.)

MEND. — A ver, á ver.

ART. — (Aparte á Mendoza.) ¿Verdad que es preciosa?

MEND. — (Aludiendo á la pieza de música.) La conozco mucho.

ART. — (Aparte) ¿Conocías á Tula?

MEND. — No; hablo de esta canción. (Tula é Inès hablan aparte.)

TULA — (A Ines, como siguiendo la conversación.) Sí, en Madrid, en el Teatro Real. Yo ignoraba que fuese militar. Por algo he dicho siempre que á mí me gustan mucho los lanceros.

INÉS — ¿Pero estás segura de que es el mismo?

TULA — Segurísima. ¿No has visto con qué sorpresa me ha saludado?

INÉS — No he notado nada.

ART. — (A Mendoza, aparte.) (¿Has visto qué miraditas me ha echado al presentarte?)

MEND. — No he notado nada.

TULA — ¿Lo dudas?... Ahora verás... (Acercándose á Mendoza.)

INÉS — (¿Qué vas á hacer?)

TULA — Diga usted, señor Mendoza...

MEND. — Señorita...

TULA — En Madrid va usted mucho al Teatro Real, ¿verdad?

MEND. — Casi todas las noches.

TULA — ¿Se acuerda usted de *Los Puritanos?*

MEND. — ¡Ah! Es una partitura preciosa.

ART. — ¡Divina! Aquello de... *¡Matre infeliche! Corro á...* (Cantando.)

MEND. — No, hombre; eso es del *Trovador*.

ART. — Es verdad; estaba confundido. (¡Qué plancha tan inoportuna.)

TULA — (A Mendoza.) ¿Se acuerda usted de un palco platea... y de unos gemelos... y de una señorita?...

MEND. — No recuerdo nada.

TULA — Esto fué el año pasado, en el mes de Enero.

MEND. — No sé á qué puede usted referirse.

TULA — Pero, ¿no se acuerda usted de nada?

MEND. — De nada absolutamente. Y si usted no se explica...

TULA (Pues me parece que no he podido explicarme de una manera más clara.)

ART. ¿Será usted tan amable que nos conceda el gusto de oir su preciosa voz?

TULA (Para cantar estoy yo ahora.)

MEND. Me tiene á sus órdenes... Precisamente esta guaracha la conozco muchísimo.

TULA No se moleste usted. No canto. (Con mal humor.)

INÉS (Pero niña.)

TULA Que no tengo ganas de cantar. ¡Ea!

ART. ¡Qué lástima que no oigamos esa canción cubana! Será magnífica, como todo lo de América.

INÉS ¿Conoce usted aquel país?

ART. No. De Cuba no conozco más que los cigarros. Pero debe ser un país de primer orden. ¡Qué vegetación, qué riqueza, qué calor y qué mujeres!

MEND. Indudablemente, las hijas de Cuba... (Dirigiéndose á Tula, que permanece muy disgustada.)

TULA Cuídese usted mucho de las cubanas, que son mujeres que no perdonan jamás las faltas de memoria. (Vase por la derecha.)

MEND. (Se queda estupefacto, y dice á Inés.) (¡Qué niña tan particular!...) No sé en qué he podido...

INÉS Perdónela usted. Es una chiquilla.

MEND. Con permiso de ustedes, voy á recibir órdenes del General. (Entra primera izquierda.)

ESCENA XVII

ARTURO, INES, luego DON RAMON, más tarde MENDOZA y ERNESTO

ART. ¡Qué muchacha tan encantadora es esa Tulita!

INÉS Un poquito ligera.

ART. Esa misma ligereza me seduce. Crea usted que á las mujeres pesadas no se las puede sufrir.)

D. RAM. (Entrando.) (¿Eh, qué? Otro militar? Pues, se-

ñor, me paso el día conociendo caras nuevas en esta casa.)

ART. Caballero... (A Inés.) ¿Es el tío?

D. RAM. Servidor... ¿Y Tula? ¿Por dónde anda Tula?

INÉS Hace un momento que ha salido de aquí.

D. RAM. Ya sabe usted lo que le he advertido; mientras tengamos alojados que salga lo menos posible de sus habitaciones.

ART. (¡Ay, qué tío!)

MEND. (Que sale de la habitación del General.) El General no me necesita para nada. Vamos á dar una vuelta por el pueblo.

ART. Como gustes.

MEND. Señorita... Caballero. (Al salir se encuentran en la puerta del foro derecha con Ernesto que entra.)

INÉS (¡El!)

MEND. Medina... (Dándole la mano.)

ERN. ¡Ramiro! Vengo á ver al General.

D. RAM. (Ya está ahí otra vez el mediquillo.)

ART. Pues nosotros nos vamos á dar una vuelta. Hasta después.

ERN. Hasta luego.

ESCENA XVIII

INÉS, DON RAMÓN y ERNESTO

ERN. (Al entrar ve á Inés y se dirige á ella decidido.) Gracias á Dios que... (Deteniéndose al ver á don Ramón.) ¡Ah!

D. RAM. ¿Viene usted á ver al General, eh?

ERN. Sí, señor, pero...

D. RAM. Pues entre usted, entre usted.

ERN. Yo... no quisiera molestarle...

D. RAM. No... si me ha dicho que le espera á usted. (Empujándole hacia la puerta y haciéndole entrar á la fuerza.)

ERN. Pero, caballero...

D. RAM. Vamos, hombre, pase usted. (Desde la puerta.) General, aquí tiene usted al médico.

ESCENA XIX

INÉS, DON RAMÓN, luego DOÑA TERESA

D. RAM. (A Inés.) Bueno lo va á poner ahora el General.

INÉS (Alarmada.) ¿Qué, ha pasado algo?

D. RAM. Que ese mediquillo es un embustero.

INÉS ¡Cómo! (Más alarmada.)

D. RAM. Que nos ha engañado miserablemente.

INÉS ¿Eh? (Alarmadísima.)

D. RAM. Que nos ha dicho que el General era reumático.

INÉS ¡Ah! (Tranquilizándose.)

D.ª TER. (Sale muy sofocada por la puerta foro izquierda.) ¡Jesús, Jesús y Jesús! Este desorden es imposible. Desde que han llegado esos demonios de soldados, las muchachas no saben lo que se hacen. En un momento me han roto siete platos de la vajilla nueva: han dejado carbonizarse las chuletas que estaban á la lumbre y han vertido la botella del petróleo sobre una fuente de natillas. ¡Ay, qué dichosos alojados!

D. RAM. Bien empleado te está; ¿no querías militarcitos?

D.ª TER. Quien los quería eras tú.

D. RAM. ¡Pues no dice que yo!

D.ª TER. Sí, señor, tú.

D. RAM. ¡Pero, Teresa!

D.ª TER. ¡Pero, Ramón!

INÉS ¡Pero, por Dios! (En tono de cariñosa reconvención.)

D.ª TER. Me voy; con este hombre no se puede hablar. (Vase puerta segunda derecha.)

D. RAM. Abur. Con esta mujer no se puede discutir. (Vase foro izquierda.)

ESCENA XX

INÉS, luego ERNESTO

INÉS Al fin me dejan sola. Ahora, cuando salga, podré hablarle. ¡Ah, ya está aquí! ¡Pero, qué cara! ¿Qué tienes? ¿Te ha pasado algo?

ERN. ¡Una friolera! El General me ha puesto como ropa de pascua; se empeña en que yo he querido divertirme á su costa delante de esta gente.

INÉS No te disgustes de ese modo.

ERN. No; si por lo que me disgusto es porque ya no podré volver por esta casa y será más difícil que nos veamos, y yo quiero verte á todas horas.

INÉS Bien, hombre, cálmate y pensemos...

ERN. Yo no pienso más que en que eres mi mujer; en que te quiero y en que desearía tenerte á todas horas así, entre mis brazos. (Abrazándola.)

ESCENA XXI

DICHOS y EL GENERAL

EL GEN. (Sale y los ve abrazados.) ¡Eh!

INÉS ¡Ay!

ERN. (¡Dios mío!) (Pausa breve.)

EL GEN. Señorita, ruego á usted que se retire; necesito hablar con el señor Medina.

INÉS ¡Pero, caballero!

EL GEN. Retírese usted; yo se lo suplico.

INÉS ¡Virgen Santa! (El General la acompaña hasta la puerta segunda derecha.) ¡Pobre Ernesto!

ESCENA XXII

EL GENERAL y ERNESTO

EL GEN. (Se encara con Ernesto.) Bien, muy bien, señor Medina.

ERN. (Vaya, sermón número dos.)

El Gen. Me parece muy bien.

Ern. (Menos mal.)

El Gen. No contento con hacerme pasar en esta casa por un viejo achacoso y reumático, mandando disponer calentadores y estufas como si se tratara de un hombre caduco y enfermizo...

Ern. Mi General, ya le he dicho á vuecencia...

El Gen. No contento con eso, falta usted á los más sagrados deberes de la cortesía y de la hospitalidad.

Ern. Mi general, esa señorita...

El Gen. Esa señorita merece más respeto del que usted le ha guardado.

Ern. Pero si es que yo...

El Gen. Usted, por educación y por el uniforme que viste, no ha debido permitirse semejantes libertades, ya que no por consideración á á esta familia, por el respeto, al menos, que se merecen el General y el caballero.

Ern. Si vuecencia me permite... Cierto que la he abrazado, pero...

El Gen. No faltaría más si no que me negara usted lo que yo he visto.

Ern. Pero es que advierto á vuecencia que esa señorita no es lo que parece.

El Gen. (Irritado.) ¿Qué quiere usted decir?

Ern. ¡Es mi esposa!

El Gen. ¿Como? (Sorprendido.)

Ern. Soy su marido, mi General.

El Gen. Señor Medina: supongo que no pretenderá usted burlarse nuevamente de mí.

Inés (Que ha oído desde la puerta toda la escena, presentándose de pronto.) Ernesto ha dicho la verdad, créale usted.

El Gen. ¿Eh?

Inés Sí, señor. ¡Yo se lo juro!

El Gen. Pero...

Ern. Vamos á confiar á usted lo que es un secreto para todos.

El Gen. Señorita, es decir, señora: usted comprenderá mi asombro; pero... en fin, explíquense ustedes.

Ern. Nos conocimos hace dos años en Vitoria.

INES — Ernesto me salvó de una fiebre gravísima.

ERN. — Las atenciones del médico y la gratitud de la enferma se fundieron en un sentimiento sólo: el amor.

INÉS — Un amor entrañable.

ERN. — El fanatismo político vino á turbar la felicidad que entonces soñábamos.

INÉS — Mi padre se opuso tenazmente á nuestras relaciones.

ERN. — Conveniencias de familia la obligaban á casarse con un hombre á quien ella no quería.

INÉS — ¡A quien aborrezco!

ERN. — Temeroso de que inesperadas complicaciones pudieran durante mi ausencia robarme el tesoro que yo tanto ambicionaba, propuse á Inés...

INÉS — Y yo lo acepté sin vacilar, porque le quería con toda mi alma.

ERN. — Que nos casáramos secretamente, imposibilitando de este modo otra unión que la hubiera hecho muy desgraciada.

INÉS — En aquellos días marchó mi padre á servir á las órdenes del Pretendiente, poniéndome bajo el amparo de esta familia, que ignora por completo mi situación, y en esta casa permaneceré hasta que terminada la guerra...

ERN. — Y sin las vicisitudes y los azares de la vida militar, pueda yo llevarla á mi lado, llamándola públicamente mi esposa.

INÉS — E implorando yo el perdón de mi padre. Esta es la verdad de lo que nos pasa.

ERN. — Ni más, ni menos.

INÉS — Ni menos, ni más.

GEN. — (¡Y luego hablan de las novelas por entregas!)

ERN. — Si después de esas explicaciones cree V. E. que yo he faltado...

GEN. — Nada de eso.

INÉS — ¡Hace un año que no nos veíamos!

ERN. — ¡Un año, mi General! ¡Un año y dos meses!...

GEN. — Ahora me explico, que desde anoche haya usted venido á esta casa cinco veces.

ERN. Siete, mi General.

GEN. Setenta hubiera venido yo, hallándome en su caso.

INÉS ¿Es de veras?

GEN. Nada, nada; perdone usted mis reprensiones de antes y abrácense ustedes, ¡qué demonio! ¡Yo me volveré de espaldas! (Me ha enternecido este matrimonio romántico.) (Al abrazarse se oye dentro la voz de don Ramón que viene hablando con Roque.)

INÉS (Separándose.) ¡Por Dios, que no sepan nada!

GEN. Esté usted tranquila. (Inés y Ernesto se retiran hacia el foro.)

ESCENA XXIII

DICHOS. DON RAMÓN, luego DOÑA TERESA y TULA

D. RAM. Anda, anda; avisa á las señoras, que vamos á comer.

ROQUE (Aparecen doña Teresa y Tula segunda derecha.) Aquí vienen. Señoritas, la sopa está servida.

D.ª TER. General, deseamos que usted honre nuestra mesa.

GEN. Señora, el honrado seré yo. (Ofreciéndole el brazo, que ella acepta.)

D.ª TER. Gracias.

TULA (Con el disgusto de antes se me ha quitado la gana de comer.)

GEN. (Parándose.) ¡Ah! Sr. Medina, ya sabe usted lo que acabo de advertirle. Mientras estemos aquí, vendrá usted á visitarme con muchísima frecuencia: por la mañana, por la tarde y por la noche, ¡á todas horas! y si por casualidad no estuviera yo en casa, me espera usted. ¡Esa es su obligación! No tengo más que decirle... Señora, vamos. (Vanse foro izquierda.)

D. RAM. (A Inés.) Y le ha dicho bastante; bien empleado le está. Le va á aburrir á visitas. ¡Me alegro!

INÉS Y yo también.

TULA (A Ernesto.) ¿Y usted, no va á comer con nosotros?

ERN. Señorita, no puedo.

TULA (¡Qué lástima!) Inés... tío... ¿no vienen ustedes?

D. RAM. Allá vamos. (Vase Tula.) ¿Dónde habré puesto yo mis anteojos?

(Inés, junto al balcón y cerca de la jaula, aprovechando el momento en que don Ramón les vuelve la espalda, estrecha la mano de Ernesto y le dice:)

INÉS Adiós.

(Ernesto le da en la mano un beso ruidoso.)

D. RAM. (Volviéndose rápidamente.) ¿Eh? (Inés, haciendo una caricia al canario, da un beso semejante al que recibió de Ernesto.) ¡Ah! (Tranquilizándose.) (¡Es al pajarito!) (Ernesto hace una inclinación y vase foro derecha. Inés vase foro izquierda, mientras baja telón rápido.)

FIN DEL ACTO SEGUNDO

ACTO TERCERO

Sale en casa de don Ruperto. Puerta en el centro del foro, y á la derecha de esta puerta, ventana con antepecho. Dos puertas á la derecha. A la izquierda puerta en primer término, y en segundo chimenea, y delante una pantalla. Piano en la izquierda del foro. Mesa de centro, dos mecedoras, sillas volantes, sillería, velador con libros y periódicos á la derecha del foro.

ESCENA PRIMERA

ERNESTO leyendo un periódico, luego DON RUPERTO

ERN. «Las noticias que se reciben del teatro de la guerra son cada vez más tranquilizadoras. El Gobierno confía en que muy pronto habrá terminado esta odiosa campaña, que está sembrando el luto y la desolación en nuestras desgraciadas provincias.» ¡Ay, quiéralo el cielo!

D. RUP. Buenos días, doctor. (Entrando foro.)

ERN. (Levantandose.) Felices, señor alcalde.

D. RUP. Siga usted, siga usted leyendo, que yo vengo sólo por unos papeles.

ERN. ¡Siempre tan ocupado!

D. RUP. Ocupadísimo. Vengo del Ayuntamiento de acordar, contra la opinión de algunos concejales, el adoquinado de varias calles de la población; llego ahora á mi casa, y me dice el hortelano que se ha descompuesto la acequia de la huerta, y que habrá que poner

unas cuantas filas de adoquines para el paso de las carretas. Nada, hoy, día completo: adoquines en casa y adoquines en el Municipio. Vaya, voy por esos papeles... (*Medio mutis, vuelve.*) ¿Qué tal mi mujer? ¿Cuántas consultas le ha hecho á usted ya?

ERN. Yo la oigo siempre con mucho gusto.

D. RUP. No le haga usted caso, es muy aprensiva. Veintitrés años llevamos de casados y todos los días anda á vueltas con su jaqueca; á mí... á mí es á quién da ella la jaqueca todos los días... Hasta luego, doctor. (*Vase puerta primera derecha.*)

ERN. Vaya usted con Dios.—¡Jesús, qué hombre! ¡Parece que tiene hormiguillo!

ESCENA II

ERNESTO y CONSTANTINO

CONST. (*Desde la puerta foro.*) Chist... Ernesto.

ERN. Hola, pasa, chico, ¿otra vez por aquí?

CONST. Sí, me alegro de encontrarte.

ERN. Ya sé que has estado varias veces preguntando por mí.

CONST. Justo, cuatro ó cinco veces.

ERN. ¡Vamos! Conozco el sistema; yo soy para tí el General.

CONST. ¿Eh?

ERN. En esta casa hay una mujer que te gusta: Luisita...

CONST. ¡Cómo conoces el corazón humano!

ERN. Claro, habiendo estudiado anatomía...

CONST. Pues, sí señor; desde hace dos días estoy enamorado de la hija del alcalde.

ERN. ¿Y qué tal? ¿Os entendéis ya?

CONST. Casi, casi. Anoche, en el paseo de la plaza, me senté cerca de ella, y nos cruzamos algunas miradas muy significativas. Decir, no la he dicho nada todavía. Deseo antes tratar con alguna intimidad á su padre. Ayer, en el Casino, no me separé de él; pero como es un hombre que no se está quieto un instan-

te, no hày medio de entablar conversación; así es que aprovecho tu alojamiento en esta casa para que me protejas.

ERN. Por lo visto, sigues tan tímido como siempre. Aún recuerdo la cara que ponías en los exámenes.

CONST. Pues á estas entrevistas amorosas las temo yo todavía más que á la licenciatura.

ERN. Descuida, que yo te ayudaré en tus pretensiones.

CONST. Gracias, chico. Lo que deseo es poder hablar á solas con ella, media hora... ó cuarenta minutos.

ERN. ¿Nada más?...

CONST. Yo me conozco; así, de pronto, no encuentro nunca palabras con qué expresar todo lo que siento. ¡Ah, si yo fuese orador espontáneo!

ESCENA III

DICHOS, DOÑA TOMASA, prmera derecha

ERN. (Cállate.) ¡Ah, señora!

D.ª TOM. Dispense usted, doctor, no sabía que tuviese usted visita.

ERN. Es de confianza... Mi amigo Constantino Cebolleta, farmacéutico.

D.ª TOM. ¡Ah, sí; ya sé! (Saludando.)

CONST. (¿Qué será lo que sabe?)

ERN. ¿Deseaba usted algo, señora? Me tiene á sus órdenes.

D.ª TOM. Usted siempre tan amable. Pues sabe usted que el dolor que tenía esta mañana aquí (Señalando encima de la ceja derecha.) se me ha pasado aquí. (Indicando detrás de la oreja izquierda.)

ERN. ¡Ah, ese es un buen síntoma!

D.ª TOM. ¿Sí?

ERN. Sí, señora.

CONST. Eso es nervioso. Recomiendo á usted las pastillas de paulonia; las tengo excelentes. Farmacéutico por vocación, he consagrado todos los esfuerzos de mi inteligencia á des-

entrañar los más recónditos asuntos de la química moderna, habiendo...

ERN. (Basta, y decías que no eras orador.) (A Constantino.)

CONST. ¡Si es que esto me lo he aprendido de memoria.

D.ª TOM. Otra pregunta, doctor.

ERN. (Consulta núm. 27.)

D.ª TOM. Ahora no se trata de mí, sino de usted.

ERN. Sepamos.

D.ª TOM. ¿Cómo le gusta á usted la merluza?

ERN. Fresca, señora.

D.ª TOM. No; pregunto si le gusta á usted frita al natural, ó con salsa picante.

ERN. Nada de picantes, señora, al natural; á mí me gustan todas las cosas al natural.

D.ª TOM. Deseo que cuando en la mesa no le agrade algo me lo diga con franqueza.

ERN. Señora, por Dios, me está usted acostumbrando muy mal.

D.ª TOM. Quiero que se lleve usted buen recuerdo de esta casa.

ERN. No lo ponga usted en duda: la cariñosa acogida de ustedes me ha hecho completamente feliz. Con su permiso vamos á mi habitación.

CONST. A los piés de usted, señora.

D.ª TOM. Beso á usted la mano.

(Vanse primera izquierda.)

ESCENA IV

DOÑA TOMASA, luego DON RUPERTO

D.ª TOM. ¡Qué hombre tan simpático es este doctor! ¡Verdaderamente para nosotros sería una fortuna!...

D. RUP. (Sale de la puerta primera derecha y se dirige hacia el foro.) Oye, Tomasa: si sube el hortelano á preguntar por mí, dile que en seguida iré á ver eso de la acequia; que ahora vuelvo otra vez al municipio.

D.ª TOM. Espera un momento, tenemos que hablar.

El dichoso municipio no te deja tiempo para pensar en tu famililia.

D. Rup. ¿Qué hay?

D.ª Tom. No hables alto; están ahí el médico y el boticario.

D. Rup. ¿Qué boticario? ¿Cebolleta? Abur. (Medio mutis.)

D.ª Tom. Pero, hombre, ven acá.

D. Rup. Ese farmacéutico es una mosca de Milán; desde anteayer no me lo puedo quitar de encima. Anoche, en el Casino, anduvo una hora detrás de mí, empeñado en leerme su hoja de estudios. Te digo que es una calamidad.

D.ª Tom. Bueno, pues ahora no hablemos de él, hablemos de nosotros. Siéntate un momento.

D. Rup. Pero...

D.ª Tom. Siéntate.

D. Rup. Bueno, ya estoy sentado. (Dando muestras de impaciencia y repiqueteando con los dedos sobre la mesa.) ¿Qué ocurre?

D.ª Tom. Luisa ha cumplido ya dieciocho años. Es preciso pensar en casarla.

D. Rup. Bueno: esos cuidados corresponden á las madres.

D.ª Tom. ¡Y á los padres también!

D. Rup. Corriente. Pero habrá que esperar á que tenga novio. Ya caerá alguno. (Sigue tocando con los dedos.)

D.ª Tom. ¿De dónde?—Pero, hijo, ¿quieres no tocar el tambor?... Pues, sí, hay que pensar en el matrimonio de Luisa. Nosotros no salimos nunca de este pueblo, y en todo este partido judicial no hay un soltero que merezca la pena, y si no, convéncete, (Dándole un papel.) echa una mirada á esa lista.

D. Rup. (Leyendo.) «Don Indalecio Peralta, propietario; Canuto Rodríguez, juez municipal; Fernando Pérez, comerciante...» ¡Una cruz! ¿Se ha muerto don Fernandito?

D.ª Tom. No, hombre; los que tienen una cruz es que ya se han casado.

D. Rup. ¡Ah, vamos! Que han muerto moralmente. ¿Pero quieres decirme qué significa esta lista?

D.ª Tom. Pues los nombres de todas las personas del pueblo con quienes hubiera podido casarse nuestra hija; pero, como ves, sólo están disponibles el juez municipal y el sobrino del señor cura. Es decir: tampoco están disponibles, porque el juez municipal se casará dentro de ocho días y el sobrino del señor cura se dedica á la carrera eclesiástica.

D. Rup. Bueno, ¿y qué?

D.ª Tom. Que ya tenemos novio para la niña.

D. Rup. ¿Quién?

D.ª Tom. Adivínalo.

D. Rup. No tengo tiempo para adivinar, me voy al municipio.

D.ª Tom. Calma, hombre, calma.

D. Rup. (¡Calma se necesita!)

D.ª Tom. ¿Qué te parece el médico militar?

D. Rup. Muy bien. ¿Cómo? ¿Es él acaso?

D.ª Tom. Sí, señor.

D. Rup. ¿Pero te ha hablado ya?

D.ª Tom. No; él no me ha dicho una palabra; pero yo soy muy perspicaz y he comprendido que está enamorado de Luisa.

D. Rup. Bueno; pues cuando nos pida su mano, ya hablaremos. (Levantándose.)

D.ª Tom. Conviene hablar antes; deseo saber si tú opondrás alguna dificultad.

D. Rup. Ninguna. Si ellos se quieren y tú lo quieres, por mí que se casen y sean muy felices. Y déjame ya en paz que tengo muchísimo que hacer. (Vase foro.)

D.ª Tom. Gracias á Dios; temí que se opusiera; se me ha quitado un peso de encima.

ESCENA V

DOÑA TOMASA, TULA y LUISA, entrando por la segunda derecha

Tula Buenos días, señora.

D.ª Tom. ¡Ah! ¿pero estabas tú aquí?

Luisa Sí, mamá; hace un gran rato que estamos en la huerta.

TULA — Tengo encargo de la tía de invitarles á ustedes para esta noche.

D.ª TOM. — ¿Sí? ¿Pues qué hay?

TULA — Que el General ha sido tan amable que ha dispuesto que la banda del regimiento vaya á tocar esta noche en nuestro jardín. Supongo que no faltarán ustedes.

LUISA — Claro que no, ¿verdad, mamá?

D.ª TOM. — Hija mía, ¿olvidas que tenemos un huésped, el señor Medina?

TULA — ¿El médico militar? Si él irá también. Es un hombre muy simpático. (A Luisa.) ¿No es verdad?

LUISA — Sí, simpático sí lo es. (Indiferente.)

TULA — Lo dices de un modo que...

D.ª TOM. — (Bajo á Tula.) Es por disimular, pero se gustan muchísimo.

TULA — (Comprendiendo.) ¿De veras?...

D.ª TOM. — Chist... (Indicándole que calle.)—Bueno, pues contad con nosotros esta noche. Iremos la familia y el huésped. Vaya, hasta luego. (A Tula bajo al marcharse.) No le digas una palabra.

TULA — Descuide usted. (Vase Tomasa primera derecha.)

ESCENA IV

TULA y LUISA

TULA — (Todas tienen más fortuna que yo. Este médico, al menos, es un hombre galante; pero lo que es el capitán de lanceros...)

LUISA — ¿Qué piensas, Tula?

TULA — Pues pienso.. que soy muy desgraciada.

LUISA — ¿Qué te sucede?

TULA — ¿Qué me sucede? ¡Que todas tienen novio menos yo!

LUISA — ¿Todas?

TULA — Y tú también; sí, no me lo niegues.

LUISA — Pues bien, sí; ya no hay para qué ocultarlo. Ese chico me gusta; su misma timidez me encanta. Anoche en el paseo me dirigía unas miradas muy insinuantes.

TULA ¿Y eras tú la que decía que para querer á un hombre era necesario tratarle mucho tiempo?

LUISA Eso decía, pero me he equivocado.

TULA Pues ahora es cuando estás equivocada; eso del amor espontáneo es una falsedad, una mentira; lo que brota espontáneamente es el aborrecimiento, el odio.

LUISA ¡Pero, Tula!

TULA Siéntate aquí. Yo necesito desahogarme. Desde ayer hay en mi casa un hombre á quien detesto con toda mi alma.

TULA ¿Al General?

LUISA ¿Qué me importa á mí el General? Un capitancito de lanceros que no llegará á general en toda su vida; Ramiro Mendoza: el de *Los Puritanos*.

LUISA ¿Cuál, el joven de no sé qué número de la fila no sé cuantos?

TULA El mismo.

LUISA ¡Qué feliz casualidad; haber venido precisamente á tu casa!

TULA ¡Ojalá no hubiera venido! ¡Lo que me ha hecho sufrir desde ayer! Hombre más antipático.. ¡Ya se lo he demostrado, ya! Y el muy descortés, en vez de hacer lo posible por captarse mis simpatías, huye todas las ocasiones de verme.

LUISA ¿De veras?

TULA Y en cambio con Inés está galante, finísimo; si cree darme celos se equivoca; pero yo me vengaré, he de dejarle así, tamañito, he de conseguir que caiga á mis plantas para entonces reirme de él en sus narices.

LUISA Pero, chica, ¿pretendes?...

TULA Si esto es facilísimo; lo he de marear.

LUISA ¡Tula, por Dios!

TULA Durante el almuerzo, le he dirigido unas miradas lánguidas, muy lánguidas, de esas que parece que le salen á una de lo más profundo del corazón.

LUISA Pues es una inconveniencia.

TULA No; si lo que yo quiero es que se crea que estoy perdidamente enamorada de él; y se

lo creerá, vaya si se lo creerá; es un sistema que no falla nunca.

LUISA Pero, chica, ¿dónde has aprendido esa táctica?

TULA En el colegio; allí se aprenden todas estas cosas.

ESCENA VII

DICHAS y ERNESTO

ERN. (Saliendo primera izquierda.) ¡Ah! Perdonen ustedes, señoritas... Venía á... me he dejado un libro por aquí... (Buscando. Hace señas á Luisa de que desea hablarla.) No sé dónde lo he puesto.

TULA (Lo que no sabes tú es disimular.)

ERN. Es un tratado de química, que me ha dejado mi amigo el boticario. (Con intención á Luisa.)

LUISA (Acercándose á Ernesto.) Le ayudaré á buscar ese libro.

TULA (¡Qué inocentes! ¡Con qué poca astucia está preparada esta entrevista!)

LUISA ¿Dice usted que lo ha dejado por aquí? (A Ernesto.)

ERN. No. (Aparte á Luisa.) Lo he dejado en mi habitación. Allí está esperando el momento de hablar con usted.

LUISA (Pero, ¿quién?)

ERN. (¿Quién le parece á usted que será?)

LUISA (¡Constantino!)

ERN. (El mismo. Sea usted compasiva. Tiene que hablarle á usted de algunas cosas muy importantes... y hay que aprovechar la ocasión... Yo la dejaré á usted explicarse á su gusto... Haga usted que su amiga se retire...)

LUISA (Pero...)

ERN. (No hay remedio. De eso depende la felicidad de mi amigo, y tal vez la de usted.)

LUISA Bueno. (Con cortedad.) (Porque usted no diga...) (Aparte á Tula.) ¡Tulita!

TULA (¿Qué?)

LUISA (Quisiera pedirte un favor, pero no sé como decírtelo...)

TULA (Te sacaré del apuro... ¿Quieres que te deje sola, no es verdad?)

LUISA (Sí. (*Con viveza.*) Pero, ¡por Dios!, no te incomodes conmigo...)

TULA (¡Qué tonta eres!)

LUISA (¡Gracias!) (*Abrazándola.*)

TULA (*Alto.*) Quizás el libro que andan ustedes buscando lo haya recogido tu mamá. Voy yo á preguntárselo... (No te impacientes si tardo un poquito.) (*A Luisa.*) Señor Medina, no dirá usted que peco de importuna.

ERN. Señorita, yo... (*Vase Tula primera derecha.*)

LUISA ¡Qué buenísima es esta muchacha!

ERN. ¡Ea! No hay tiempo que perder. Tenga usted un poquito de calma si no se explica pronto... Es cuestión de temperamento... (*Va á la puerta primera izquierda.*) Ven, ha llegado la ocasión... (*Luisa se sienta en la mecedora de la derecha.*)

LUISA (¡Ay, qué vergüenza me da!)

ESCENA VIII

LUISA, ERNESTO y CONSTANTINO

ERN. (*Sacando de la mano á Constantino.*) Ahí la tienes; ánimo y á ella. La mamá no vendrá por ahora; yo me voy á la ventana, y si entra alguien te haré señas con este pañuelo.

CONST. Se me ha puesto un nudo en la garganta.

ERN. Bueno; pues deshaz el nudo y á explicarse prontito. ¡Vamos, hombre! Me voy de centinela. No pierdas de vista el pañuelo. (*Vase a la ventana.*)

CONST. (¡Cuando yo digo que esto es mucho peor que una licenciatura! Pero, vamos allá, ¡valor!) Ejém, ejém...

LUISA (*Volviéndose.*) ¡Ah! ¿Es usted?

CONST. Sí, señorita; soy yo.

LUISA Tome usted asiento.

CONST. Muchísimas gracias. (*Al sentarse en la mecedora,*

ésta se inclina violentamente hacia atrás.—Se sienta luego en el borde y el respaldo se le viene encima.—Pausa.)

LUISA (Yo no debo ser la que empiece.)

CONST. (¡Caramba si es difícil empezar estas entrevistas!...) (Pausa.)

ERN. (Pues, señor, la conversación es muy animada.) (El reloj da las cuatro.)

CONST. Una, dos, tres, cuatro... Si no me equivoco, ese reloj ha dado las cuatro.

LUISA Sí, señor; hace media hora dió las tres y media.

CONST. ¡Ah! ¿Da también las medias?

LUISA Y es de repetición. (Vuelve á dar el reloj las cuatro.)

CONST. Una, dos, tres, cuatro... Pues es verdad que repite. ¡Je, je, je!

ERN. (Vaya, parece que se animan. No quiero ser indiscreto.) (Sacando el cuerpo fuera de la ventana.)

CONST. Qué buen tiempo hacía anoche, ¿verdad?

LUISA ¡Ah, una noche deliciosa!

CONST. ¡Magnífica!

LUISA ¡Sentimental!

CONST. ¡Muy sentimental! Yo, en cuanto llegué á mi casa, me puse á hacer versos.

LUISA ¡Ah! ¿Es usted poeta?

CONST. A ratos perdidos. Cuando dejo á Berzelius, me dedico á Apolo, y anoche me sentía verdaderamente inspirado. Verá usted lo que escribí. (Sacando un papel.) «Citrato de magnesia.» No, es por detrás. (Leyendo.)

«En estas noches de estío
que están destilando amor,
siento unas veces calor
y otras veces siento frío.
Sí, bien mío.
Y en esas noches ansío
oir el grato rumor
del viento murmurador
y la corriente del río.
Sí, bien mío.»

No pude seguir, porque tuve que hacer á escape un cocimiento de asafétida.

LUISA ¡Qué lástima! Me gusta muchísimo.
CONST. ¿La asafétida?
LUISA No, la poesía.
CONST. Gracias. (Pausa.)
LUISA ¿Y á quién estaban dedicados esos versos?
CONST. A... (Ve á Ernesto, que hace señas con el pañuelo.) ¡María Santísima! (Levantándose de pronto.)
LUISA ¿A María Santísima?
CONST. No, señorita; si es que Ernesto hace señas con el pañuelo, y eso es que viene alguien; y yo no la he dicho á usted todavía...
LUISA ¿Qué?
CONST. Lo que tenía que decirle, que... que la amo á usted.
LUISA ¡Caballero!
CONST. No se incomode usted conmigo... No se lo hubiera dicho así tan de pronto; pero ya ve usted, sigue haciendo señas, y yo necesitaba decírselo á usted, porque yo la amo á usted, sí, señorita; no me desaire usted, ¿verdad que no? (Arrodillándose y besándola una mano.)
LUISA Yo... la verdad .. no sé qué hacer.
CONST. Yo tampoco sé lo que me hago.
ERN. (Que sigue haciendo señas cada vez más repetidas, se vuelve y los encuentra abrazados.) ¡Caracoles! Pero, ¿de qué sirve mi pañuelo?
LUISA ¡Ay!
ERN. Que sube gente, retírese usted.
LUISA (¡Qué lástima; ahora que empezábamos á explicarnos!) (Marchándose primera derecha.)
CONST. ¡Luisa, Luisita!... (Siguiéndola.)
ERN. (Cogiéndole.) ¡Pero, hombre!
CONST. ¡Me he atrevido, chico, me he atrevido! Soy el mortal más afortunado de la tierra. (Abrazando á Ernesto.) Ahora mismo voy á vestirme de etiqueta y vendré á hablar á su padre. ¡Adiós!
ERN. Pero...
CONST. Déjame, déjame. Estas cosas así, en caliente. ¡Abur! (Al salir por el foro tropieza con Arturo, que entra.) ¡Ay, usted perdone!

ESCENA IX

ERNESTO y ARTURO

ART. ¡Vaya usted con Dios!

ERN. Adelante, don Arturo.

ART. Hola, Medina. ¿Estás solo, eh? Me alegro; tengo que consultar contigo...

ERN. ¿Estás enfermo?

ART. Sí, chico; enfermo del corazón.

ERN. ¡Caramba!

ART. Estoy enamorado.

ERN. ¡Ah, vamos! ¿Cuándo no es pascua?

ART. No, no te rías, porque ahora va de veras... Es una pasión que me domina por completo.

ERN. ¿Y quién es?...

ART. Pues una muchacha preciosa, que vive en la casa donde está alojado el General. La institutriz!...

ERN. ¿Eh?

ART. La institutriz ha prometido protegerme.

ERN. ¡Ah! Creí que era Inés la que...

ART. ¡Quiá, hombre; yo pico más alto! Inés no es fea; pero no me gusta, me parece algo pava.

ERN. ¡Ah, sí, muy pava! (¡No estás tú mal pavo!)

ART. La que me tiene loco es la cubanita. ¡Ay, qué mujer! Estoy decidido á formalizar nuestras relaciones; pero, según Inés, ella no podrá aceptarlas sin el consentimiento de su padre.

ERN. Bueno, pues pídeselo.

ART. ¡Claro, como si estuviera aquí cerquita! Está nada menos que en Nueva York. Esa es la dificultad.

ERN. Pero, hombre, ¿para cuándo se ha inventado el telégrafo?

ART. Pues es cierto; no se me había ocurrido. Le pediré la mano de su hija telegráficamente: esto tiene novedad.

ERN. Y no te expones á que te conteste con un puntapié.

ART. ¡Claro! A lo más que me expongo es á que no me conteste.
ERN. ¿Sabes la dirección?
ART. Sí, ya estoy enterado de todo. Lo que no se me ocurre es el modo de redactar el telegrama.
ERN. Pues es muy sencillo; pones lo siguiente: «Cadete—español.»
ART. ¡Cadete! Va á parecerle muy poco.
ERN. Pues pon: «Oficial—español—buena familia—pídele—mano—Tula.» La firma y esperas luego á que te conteste. Esto me parece lo más práctico, y á tu futuro suegro le gustará seguramente esa formalidad.
ART. Me parece muy bien. Oye, ¿no podría añadirse á lo de oficial español, buena familia, «muy simpático»? Son dos palabras, unas pesetillas más.
ERN. Añade todo lo que quieras.
ART. Pues añadiré también, «contestación pagada», porque como mi suegro es inglés...
ERN. Perfectamente.
ART. Pues lo voy á redactar ahora mismo.
ERN. Pasa á mi habitación, ahí tienes recado de escribir.
ART. Aprovecharé tu ofrecimiento.

ESCENA X

DICHOS y MENDOZA

MEND. Buenas tardes, compañeros.
ERN. Hola, Mendoza.
ART. Hasta luego, chico.
MEND. ¿Te marchas?
ART. Voy al cuarto de este á redactar un telegrama. A propósito, Medina, mucha discreción, ¿eh?
ERN. Descuida, no le diré una palabra.
ART. No, si Mendoza lo sabe ya, se lo he contado yo mismo. Entre camaradas, hoy por tí, mañana por mí. (Vase primera izquierda.)

MEND. ¿Te ha hablado de su nuevo amor, de Tulita?

ERN. Sí, eso me ha contado.

MEND. Trabajo le mando yo con esa muchacha.

ERN. ¿Qué, no te gusta?

MEND. Hombre, gustarme... no me desagrada. Tiene una figura preciosa, una cara muy bonita y unos ojos muy expresivos. Lo que es los ojos son de primer orden.

ERN. (¡Malo! ¿A que tenemos aquí otro enfermo del corazón?)

MEND. Lo que me hace muy poca gracia es su carácter.

ERN. Es una niña todavía.

MEND. Sí, una niña; pero hay en ella algo que yo no sé si es ingenuidad ó coquetería. Me inclino á lo segundo.

ERN. Vaya, seamos francos. Tú estás enamorado de Tula.

MEND. Te aseguro que no.

ERN. ¿A que desbancas á Arturito?

MEND. Por mí, puede estar bien tranquilo. Pero esa muchacha goza en rodearse de adoradores, y si ha creído divertirse conmigo se quivoca. Precisamente ha encontrado la horma de su zapato.

ART. (Saliendo.) ¡Ajajá! Ya está redactado perfectamente. Voy en seguida á la estación telegráfica. (Se detiene al oir la voz de Tula.)

ESCENA XI

DICHOS, LUISA y TULA; luego DOÑA TOMASA

TULA (Dentro.) Ya verás, será un baile animadísimo. (A Luisa. Aparecen primera derecha.) (¡Ah, él!) Viendo á Mendoza.)

ART. (¡Ah, ella!)

MEND. Señoritas...

TULA Venía hablando con Luisa del baile de mañana. Ya es una cosa resuelta... Por supuesto, será una reunión de confianza... Nada de trajes de etiqueta...

ART. Eso es lo mejor.

TULA. Nosotras iremos con unos vestidos sencillísimos, y sin más adorno que un prendido de flores. Y á propósito de flores, Luisa... En la empalizada de tu huerta he visto antes unos rosales preciosos. Tienen unos capullos lindísimos, pero están á una altura que no hay manera de cortarlos... Si alguno de estos caballeros (*Mirando á Mendoza.*) fuese tan amable...

MEND. Señorita, estoy á sus órdenes...

TULA. Yo le concedería en pago de su atención el primer vals de mañana.

MEND. Acepto gustoso el encargo pero renuncio al premio...

TULA. ¿Eh?

MEND. No bailo.

TULA. ¿Que no baila usted?

MEND. Mañana... no.

ART. Yo bailo como un peón, señorita... Voy al momento á por esas rosas... Dice usted que están en la empalizada.

TULA. Sí, señor; mire usted (*Desde la ventana.*) más allá de la acequia.

ART. Desde aquí no las veo, pero yo las buscaré... Las tendrá usted inmediatamente.

TULA. Por aquí, por aquí baja usted con más facilidad. (*Le indica la puerta segunda derecha.*)

ART. Complacer á usted es mi único deseo. (*Vase puerta segunda derecha.*)

TULA. Muchas gracias. (*A Mendoza.*) ¿Lo ve usted? ¡Arturo se ha adelantado!

MEND. Señorita, de los adelantados es el reino de los cielos.

TULA. (*Va al lado de Luisa.*) ¡Pero has visto qué hombre! (*Sigue hablando con Luisa, mientras doña Tomasa se dirige á Ernesto y le dice aparte.*)

D.ª TOM. Señor de Medina...

ERN. Señora... (*Al acercarse Mendoza á Luisa é Inés, ésta se dirige al piano.*)

D.ª TOM. Permítame usted una confianza.

ERN. Las que usted quiera.

D.ª TOM. Mi hija no me ha dicho nada todavía; pero los ojos perspicaces de una madre no se engañan nunca. ¡Lo sé todo!

ERN. ¿Es de veras? ¿Y usted consentirá?

D.ª TOM. ¡Con todo mi corazón! ¡Creo que mi hija será muy dichosa!

ERN. ¡Yo también lo creo!

D.ª TOM. ¡Es usted un hombre excelente! ¡Quisiera abrazarle!

ERN. ¡Señora!

D.ª TOM. ¡Sí, tiene usted razón! Hay personas extrañas... ¡Doctor, cuente usted siempre con la gratitud de una madre!... (Apretándole la mano.)

ERN. (¡Qué suegra tan sentimental!) (Mendoza habla aparte con Luisa.)

TULA (Me está ahogando la rabia; pero no, debo contenerme.) ¡Señor Mendoza!

MEND. Señorita. (Volviéndose.)

TULA Con permiso de Luisa, ¿quiere usted oir un momento?

MEND. Con mucho gusto. (Acercándose á ella.)

TULA Sea usted sincero. ¿Usted está incomodado conmigo?

MEND. ¿Yo?

TULA Sí, señor; no me lo niegue usted. Está usted incomodado desde ayer, por lo del piano... No, no haga usted esos movimientos con la cabeza, porque esta es la verdad. Francamente, no creí que fuese usted nunca tan rencoroso.

MEND. Señorita, repito á usted que yo...

TULA Es claro, no se acordará usted, porque como es usted tan flaco de memoria... Pero la verdad, no quise cantar porque... estaba muy nerviosa.

MEND. No necesita usted excusarse conmigo.

TULA Enmendaré hoy mi falta de ayer; aquí hay varias piezas de música. ¿Quiere usted acompañarme alguna?

MEND. Lo siento mucho, pero hoy no puedo. Estoy muy nervioso.

TULA (Conteniendo la rabia.) ¿Y si yo se lo rogara á usted?

MEND. ¡Ah, un ruego suyo es un mandato para mí! (Se sienta al piano y se dispone á tocar.—Durante el aparte de Tula y Mendoza, doña Tomasa indica va-

rias veces á Luisa, con movimientos expresivos, que se acerque á Medina.)

D.ª Tom. (¡Pobrecita, delante de mí no se atreve!) (Se retira hacia el foro.)

ESCENA XII

DICHOS y DON RUPERTO por la puerta segunda derecha

D. Rup. ¡Jesús, qué chapuzón más horrible! ¡Se ha puesto perdido!

Todos ¿Quién?

D. Rup. Un militar que se ha caído á la acequia.

Ern. ¡Arturo!

Tula ¡Dios mío, yo he tenido la culpa!

D.ª Tom. ¿Pero se ha ahogado?

D. Rup. ¡No, mujer, qué se había de ahogar! Lo que ha hecho es tomar una mojadura espantosa. Ya tiene resfriado para unos cuantos días.

Ern. ¿Y dónde está?

D. Rup. En mi cuarto, poniéndose un traje mío.

Ern. Voy á verle en seguida. (Vase segunda derecha.)

Mend. Avisaré á su asistente. Con permiso de ustedes. (Vase foro.)

D.ª Tom. ¿Pero cómo ha sido esa caida?

D. Rup. Debió ser de cabeza, porque el hombre se ha puesto como una sopa. Mandad hacer una taza de te, de tila, de cualquiera cosa; vamos, niñas; anda, mujer.

D.ª Tom. Voy, voy.

Luisa (Á Tula.) Vamos.

D.ª Tom. ¡Qué contratiempo tan desagradable! (Vase primera derecha.)

Tula ¡Pobrecito! ¡Lástima no se hubiera caído el otro! (Vase con Luisa primera derecha.)

D. Rup. ¡Bonito va á estar con mi traje! Estoy por quedarme á verlo; pero cá, (Sacando el reloj.) si son ya las cuatro y media, y me están esperando los adoquines del Ayuntamiento. Volveré en seguida. (Al dirigirse puerta foro se presenta Constantino de frac, corbata blanca, guantes blancos y clac.)

ESCENA XIII

DON RUPERTO y CONSTANTINO, luego DOÑA TOMASA

CONS. Señor alcalde...

D. RUP. (¡Dios mío de mi alma, el boticario otra vez!)

CONS. Perdone usted que le interrumpa en sus múltiples ocupaciones; pero un deber ineludible me obliga á presentarme, no ante la primera autoridad de este pueblo, sino ante el padre cariñoso que...

D. RUP. Ruego á usted que me diga sin rodeos el objeto de su visita, porque dispongo de muy poco tiempo.

CONS. Pues bien, señor alcalde: Farmacéutico, por vocación, he consagrado todos los esfuerzos...

D. RUP. Vaya, ya hablaremos más tarde. Queda usted en su casa; servidor de usted. (Sale precipitadamente foro.)

CONS. ¡Caramba, qué mal educado está el señor alcalde! ¡Ah, la madre!—Señora...

D.ª TOM. Me alegro mucho de encontrarle.

CONS. Gracias, señora.

D.ª TOM. Diga usted, ¿á una persona que se ha caído á una acequia, qué se le debe dar?

CONS. Se le debe dar... la mano para sacarle.

D.ª TOM. No es eso; pregunto qué cocimiento se le debe dar.

CONS. Pues una infusión caliente cualquiera: la mixtura antiespasmódica simple...

D.ª TOM. Tiene usted razón. (Voy á mandar que pongan unas gotas de éter en la tila!) (Vase primera derecha.)

CONS. Vaya, tampoco está muy bien educada, que digamos, la señora del alcalde.

ESCENA XIV

CONSTANTINO y ERNESTO

ERN. (Saliendo puerta segunda derecha, y hablando con Arturo que está dentro.) No te impacientes, hombre, todo se arreglará. ¡Ah! ¿Estás tú aquí? (A Constantino.)

CONS. Sí, aquí estoy.

ERN. Me vas á hacer un favor en seguida, inmediatamente: vete á buscar un coche de punto.

CONS. Si aquí no los hay.

ERN. Un carruaje cualquiera, una tartana. (Empujándole hacia la puerta.)

CONS. Pero...

ERN. Anda, hombre, anda, que me urge muchísimo.

CONS. Voy, voy. (Medio mutis.) ¿De cuántos asientos lo necesitas?

ERN. De los que te dé la gana; no seas majadero.

CONS. (Pero, Señor, qué mal están de educación todos los de esta casa.) (Vase foro.)

ESCENA XV

ERNESTO y ARTURO vestido ridículamente con un traje claro de don Ruperto, que le estará sumamente holgado

ERN. Anda, ya puedes salir; ahora no hay nadie.

ART. (Asomándose sin nada á la cabeza y con el pelo muy mojado. Trae en la mano un ramo de rosas.) ¿De veras no hay nadie? ¡Achís!

ERN. ¡Jesús!

ART. Es que, la verdad, sentiría ponerme en ridículo. Debo estar hecho un facha. ¡Achís!

ERN. No lo creas; ese traje no te sienta del todo mal.

ART. A mí el traje de paisano suele sentarme bien, pero esta americana y este pantalón... ¡Achís!

ERN. ¡Buen catarro has cogido!

ART. ¿Eh? (Asustado.) Creí que venía alguien. Que me veas tú así, no me importa, porque, al fin, entre camaradas... hoy por tí, mañana por mí; pero que me vea esta familia, ¡sobre todo que me vea Tula! ¡Por ella me encuentro de esta manera, casi en paños menores!

ERN. ¡Hombre, en paños mayores! Te sobra tela por todas partes.

ART. Vamos, que no tengo gana de bromitas.

ERN. ¿Pero, cómo diablos ha sido ese remojón?

ART. Pues de una manera muy sencilla. Cuando yo volvía tan contento de coger estas rosas que á Tula se le habían antojado, me encontré con la acequia, y como yo tengo esta pícara vista, medí mal la distancia y al saltar se me enredó el sable entre las piernas y ¡cataplúm! me caí de cabeza en medio del agua.

ERN. ¡Pobre Arturo! ¡Já, já, já!...

ART. Vamos, que no tengo gana de bromitas. Siento un peso aquí en el estómago.

ERN. ¿El golpe, acaso?

ART. No, el exceso de agua. He bebido de una manera horrible.

ERN. Voy á ver si viene ese con el coche.

ART. ¡Pero, hombre! ¿Me vas á dejar solo?

ERN. Vete á mi cuarto. En seguida estoy de vuelta. (Vase Ernesto foro.)

ESCENA XVI

ARTURO, luego TULA, con una taza de tila en la mano

ART. Voy á su cuarto porque aquí estoy expuesto á que me vea cualquiera. (Se dirige desde el foro á la izquierda.)

TULA (Dentro.) Sí; aquí llevo ya una taza.

ART. ¡Santo Dios, Tula! (Poniéndose en cuclillas detrás de la pantalla de la chimenea, dejando sólo ver la cabeza.)

TULA (Entra enfriando la taza de tila y se dirige á la puer-

ta segunda derecha.) ¡Arturo! (Llamando.) Aquí tiene usted una taza de tila, Arturo.

ART. (Detrás de la pantalla.) Señorita...

TULA ¿Eh? (Volviéndose sorprendida.) ¿Pero, qué hace usted ahí?

ART. Nada, señorita. No hago nada.

TULA Tome usted la tila, que se va á enfriar. (Acercándose á dársela.)

ART. ¡No; no, por Dios; no se acerque usted! No quiero que usted me vea con este traje.

TULA Bueno, bueno, me retiro.

ART. No, no se retire usted. Le suplico á usted que se siente ahí, de espaldas. Necesito hablar con usted.

TULA (Sentándose en la mecedora de espaldas á Arturo.) Pero...

ART. ¡Que no mire usted, por Dios!

TULA Corriente, no miro.

ART. Perdóneme usted esta exigencia.

TULA (Sin volver la cabeza.) Yo le ruego también á usted, que me perdone el haber sido causa de ese contratiempo.

ART. ¡Ah, señorita! Me considero feliz con haber dado á usted esa prueba... de... ¡Achís!...

TULA Dios le ayude á usted.

ART. Gracias. (Acercándose cautelosamente á Tula y colocándose detrás de la mecedora.) Aquí tiene usted las rosas deseadas. (Dándole las flores por encima de la cabeza.) ¡Pobrecitas, buen remojón se han llevado! Pero usted las secará con el fuego de sus miradas.

TULA (Cogiendo las flores y levantando la cabeza.) ¡Ay! ¿Pero para qué se ha molestado usted?

ART. No es molestia, señorita. (Moviendo la mecedora con el pie.) Yo tengo sumo gusto en hacer por usted todo género de sacrificios.

TULA Es usted muy galante.

ART. No, señorita. (Este es el momento oportuno.) No juzgue usted mi comportamiento hijo tan solo de la galantería. Mi conducta obedece á otros impulsos, á lo que siento aquí. (Señalando el corazón.)

TULA ¿Dónde? (Levantándose de pronto. Al verle, suelta la carcajada.) ¡Já, já, ja! ¡Qué facha tan ridícula!

ART. Por algo le decía á usted que no me mirara.

TULA (Tratando de contenerse.) Perdóneme usted, pero no puedo contenerme. No es que me burlo de usted, esta risa es nerviosa.

ART. ¡Ay, señori...! ¡Achís!... (Saca un pañuelo grande de hierbas.)

TULA ¡Já, já, já! ¡Qué pañuelo! ¡Já, já, já!...

ESCENA FINAL

DICHOS, DOÑA TOMASA y LUISA con dos tazas de tila. DON RUPERTO por el foro

D.ª TOM. ¿Eh, qué es esto? (Al verle sueltan la carcajada.)

LUISA ¡Já, já, já!

D. RUP. (Entrando.) ¿Qué algazara es esta? (Viéndole.) ¡Já, já, já!

ART. ¡Santo Dios! ¡Toda la familia! (Telón rápido.)

FIN DEL ACTO TERCERO

ACTO CUARTO

Jardín. A la derecha, en primer término, un kiosco ó caseta rústica con puerta á la escena, con cerradura y llave, y ventana practicable con hojas frente al público; debajo de esta ventana un banco. A la izquierda, otro banco. En el centro un pedestal con la estatua de Cupido dirigiendo la flecha á la izquierda. Rosales y adornos de jardín. Al foro tapia. Fondo de selva. Desde los árboles á la tapia, en los últimos términos, una cuerda con farolillos de colores con luces. Empieza á obscurecer.

ESCENA PRIMERA

ROQUE y MARIA; ésta sentada en el banco que habrá debajo de la ventana de la caseta, va colocando bujías en algunos faroles á la veneciana. Después ROSA, con una bandeja con refrescos

MARIA — Anda, anda. (Mirando un farol.) Este sí que es bonito; parece una alcachofa mismamente.

ROQUE — (Que sale con mas faroles de la caseta, dejando la puerta abierta.) ¿Has despachao ya? Hace media hora que estás ahí entretenida con cuatro faroles.

MARIA — ¡No estás tú mal farol!

ROQUE — Lo que estoy yo es mu quemao con vosotras. Desde que han llegao los militares no se os puede aguantar.

ROSA — Oye, María, ¿has visto á la señora por aquí? No sé si serán bastantes estos refrescos.

MARIA — Espérate, ahora vamos á buscarla. Tengo yo que preguntarle también dónde quiere que

se pongan estos farolillos. (Vanse María y Rosa por la izquierda.) Adios, paisano. (A Roque.)

ROQUE Adiós, capitana. (Ya me lo direis cuando se marchen los militares.)

ESCENA II

ROQUE y DON RAMÓN

D. RAM. (Entra por último término izquierda y se para debajo de los faroles, mirándolos.) Muy bonito, muy bonito. Bueno me están poniendo el jardín. (Mientras estas palabras de don Ramón, Roque ha entrado en la caseta, de donde sale con un atado de cohetes.) ¿Qué es eso? ¿Qué sacas ahí?

ROQUE Cuatro docenas de cohetes que me ha mandado comprar la señora.

D. RAM. ¡Ah! ¿Lo ha mandado ella?

ROQUE Sí, señor; y ha mandado comprar también unas bengalas.

D. RAM. Bueno, hombre, bueno; si lo ha mandado la señora, no digo nada.

ROQUE Estos faroles los colocaré junto á la fuente. Aquí me parece que basta con esos.

D. RAM. Sí, basta y sobra. Déjame en paz. (Vase Roque último término derecha.)

ROQUE Encargaré á Lorenzo que los dispare cuando acabe la música.

ESCENA III

DON RAMON, en seguida DOÑA TERESA

D. RAM. Farolillos... bengalas... cohetes... Yo sí que voy á estallar como un cohete de dinamita

D.ª TER. (Por la izquierda.) Oye, Ramón, ¿te has acordado de mandar traer cigarros para los músicos?

D. RAM. No, no he mandado nada; aquí no manda nadie más que tú.

D.ª TER. Eso es, sólo falta que te incomodes, después de la atención que ha tenido con nosotros el

General. Porque es una atención el hacer que la banda del regimiento venga á tocar aquí, en nuestro jardín.

D. Ram. ¡Ah, ya lo creo! Es una felicidad eso de que medio pueblo se nos meta hoy en casa. Buenas van á quedar las plantas con el jaleito de esta noche.

D.ª Ter. Pues no hemos prodigado mucho las invitaciones. Vendrán sólo la familia del alcalde, las de Tornadillo, las de Bruguete, las de...

D. Ram. No, no. Si por mí puedes invitar á quien te dé la gana, y poner encima de la puerta un cartel muy grande, que diga: *Gran concierto militar. Entrada general, una peseta; niños y soldados sin graduación, un real.*

D.ª Ter. No digas sandeces, Ramón.

D. Ram. Lo que te digo es que nuestra casa ya no es casa, es un cuartel. Y, vamos á ver, ¿dónde está Tula?

D.ª Ter. No lo sé, estará con Inés.

D. Ram. ¿Y dónde está Inés?

D.ª Ter. Pero, hombre, ¿qué sé yo? Estará con Tula. No voy á tenerlas cosidas á mis faldas toda la noche.

D. Ram. Pues hoy más que nunca es cuando no debes perderlas de vista.

D.ª Ter. Ahí la tienes, hombre; ahí tienes á tu sobrina.

ESCENA IV

DICHOS y TULA del brazo del GENERAL por la izquierda

El Gen. Preciosa, preciosa, me gusta muchísimo. (A Tula.) ¡Oh, señores! Señor Aguirre, felicito á usted con toda mi alma; su amable sobrina me ha enseñado detenidamente toda la posesión. Con estas comodidades comprendo la vida del campo. Es usted un hombre feliz.

D. Ram. Muy feliz; sobre todo esta noche. Eso le estaba yo diciendo á mi mujer.

Tula Desde el balconcillo de la glorieta, es un

panorama precioso. El jardín parece un campamento.

EL GEN. Efectivamente, resulta un cuadro lleno de vida, de animación, de alegría.

D. RAM. Mucho, mucho. Yo estoy como unas pascuas.

ESCENA V

DICHOS y MENDOZA, por la izquierda

MEND. Mi General...

EL GEN. Hola, Mendoza. Con permiso de ustedes.— Le he mandado llamar para que dé usted las órdenes oportunas, á fin de que los soldados no cometan esta noche el menor abuso.

MEND. Están ya prevenidos, mi General. ¿Manda usted algo más?

EL GEN. Nada. (Mendoza se acerca al grupo de don Ramón y doña Teresa.)

TULA (Pero, ¡qué hombre! Ni siquiera me ha mirado.) (Al General.) ¿Conque de veras le gusta á usted esta finca?

EL GEN. Muchísimo.

TULA Pues mire usted; esta plazoleta es mi sitio predilecto. Aquí, en este banco, (El de la izquierda.) vengo yo á bordar casi todas las tardes.

EL GEN. El sitio es ameno; pero algo peligroso para una señorita.

TULA ¡Peligroso! ¿Por qué?

EL GEN. ¿No le asusta á usted Cupido? Fíjese usted en que precisamente su flecha apunta hacia este lado.

TULA Apunta; pero no dispara.

ESCENA VI

DICHOS, DON RUPERTO, DOÑA TOMASA, LUISA y ERNESTO por último término izquierda

D.ª TER. ¡Oh, señores! Gracias á Dios.

D.ª TOM. No hemos podido venir antes. Este, como

siempre, ha tenido que hacer. (Continuan los saludos mientras Ernesto se adelanta con Luisa.)

ERN. (A Luisa.) Esté usted tranquila. Yo le respondo á usted de que Constantino vendrá esta noche, y de que se hablarán ustedes.

LUISA Pero si creo que al pobre ni siquiera le han invitado. Y además me temo que si mi papá nos ve hablar tengamos un disgusto. No cesa de decir que le es muy antipático.

ERN. Repito que esté usted tranquila; vendrá y se hablarán ustedes sin que su papá de usted se entere. Ya tengo pensado cómo.

LUISA ¡Qué bueno es usted!

D.ª TOM. (A don Ruperto.) Pero, hombre, mira, mira aquella pareja. ¿No te ha hablado él nada todavia?

D. RUP. A mí ni una palabra.

D.ª TOM Puede que no lo haga por cortedad; y no hay más remedio que aclarar este asunto, porque ellos se marcharán de un día á otro. Sácale tú la conversación y anímale.

D. RUP. Pero, mujer, ¿voy á preguntarle yo si quiere hacernos el favor de casarse con nuestra hija? No estás buena de la cabeza.

D.ª TOM. Sí que no lo estoy. Este relente me ha exacerbado un poquito la neuralgia.

D. RUP. Bueno, pues que te alivies. (Se retira hacia el foro.—Doña Tomasa va á hablar con el General, don Ramón y doña Teresa.)

TULA (A Luisa.) Sí, hija, sí. A las ocho y media; y ó yo no conozco á los hombres, ó á esa hora en punto estará aquí.

LUISA ¡Pero, chica, por Dios! Una cita de esa clase...

TULA No me digas nada; sólo quiero humillarle.

LUISA Quiera Dios que no tengas que arrepentirte de semejante locura.

EL GEN. (A Ernesto.) Medina, esta noche está usted de enhorabuena.

ERN. Gracias, mi General.

ESCENA VII

DICHOS y ARTURO

ART. Señoras... caballeros... (Doña Tomasa, al verle suelta la carcajada.)

D.ª TOM. Hola, don Arturito.

D. RUP. ¿Qué tal? ¿Ha entrado usted ya en calor?

ART. Sí, sí, señor. (¡Huy, el General!) ¡Que no se entere, por Dios! (A ellos.) Mi General... (Saludando militarmente.)

EL GEN. ¡Hola, pollo!

TULA (A Arturo.) ¿Usted por aquí? Yo le creía á usted en la cama.

ART. ¡Chist! ¡Señorita, por Dios, que no se entere el General! (Se oye lejana la banda militar, que tocará un bailable.)

D.ª TER. La música, señores, vamos hacia allá.

TODOS Sí, vamos, vamos.

MEND. (Mirando el reloj.) (No es todavía la hora.) (Vanse todos por el último término de la izquierda, menos Arturo y Ernesto.)

ERN. (Mirando el reloj.) (Se va acercando la hora.)

ART. (A Ernesto.) Oye, chico, ¿crees tú que la humedad podrá aumentar esta carraspera?

ERN. Natu almente, no has debido salir de casa.

ART. ¡No salir esta noche, cuando pienso declararme!

ERN. ¿Insistes todavía, después de lo que me has contado de las risitas de Tula?

ART. Era risa nerviosa, de la que no se puede contener. Ella misma me lo ha jurado.

ERN. Bueno, hombre, bueno. Adelante.

ART. ¡Ah! ¿Sabes que ya he puesto el telegrama á su padre?

ERN. ¡Sí! Me alegro mucho.

ART. Y urgente; me ha costado un dineral. Pero chico, cuando uno está enamorado... Vaya, voy á aprovechar la primera ocasión que se presente, para declararme. ¿Tú no vienes?

ERN. Voy en seguida.

ART. (Medio mutis.) Pues hasta luego... ¡Ah! ¿Sabes si hay alguna acequia en esta finca?

ERN. No: puedes ir tranquilo.

(Vase Arturo por la izquierda.)

ESCENA VIII

ERNESTO, JIMÉNEZ, luego CONSTANTINO

ERN. A ver si viene Constantino, y luego iré con Inés, que me estará esperando.

JIM. (Por la derecha.) Señor doctor: aquí tiene usted lo que me ha encargado. (Un capote de soldado de caballería y un casco.)

ERN. Espérate aquí. Voy á ver si ha venido ese. (Vase por último término izquierda y vuelve en seguida.)

JIM. Aquí hay lío; como si lo viera. En cuanto me dejen libre me voy con la Maruja, que está chalaita por mí. ¡Y que no me gustan á mí las sitas noturnas por la noche!

ERN. (Entrando á Constantino de la mano.) Anda, ven, no seas tan tímido.

CONST. Pero, hombre, si es que tengo miedo á mi suegro. Hace un momento que me lo encontré en la plaza, le dí las buenas noches y ni siquiera me contestó. Es un hombre muy grosero.

ERN. En cambio, tu suegra está satisfechísima de tus relaciones.

CONST. ¿Es de veras?

ERN. Ella misma me lo ha dicho.

CONST. Es una señora muy buena, y muy amable y muy bien educada.

ERN. Pues ya verás cómo esta noche, gracias á mí, podrás ponerte de acuerdo con Luisa, y hablar con ella tranquilamente, sin que tu suegro te conozca.

CONST. ¿Sin que me conozca? ¿Pero, cómo?

ERN. Pues de esta manera: Jiménez.

JIM. Señorito. (Acercándose.)

ERN. Dame ese capote.

CONST. ¿Pero, qué pretendes?

ERN. Calla, y póntelo.
CONST. Pero...
ERN. Vamos, anda. A ver, el casco.
CONST. (Que se ha puesto ya el capote.) ¿El casco también?
ERN. Naturalmente. Quítate el clac y guárdatelo en el pecho. (Poniéndole el casco, que le estará muy grande.) ¡Ajajá!
CONST. Este casco se me cuela mucho; me voy á ahogar.
ERN. Eso no te importe.
CONST. ¿Eh?...
ERN. Cuanto menos se te vea la cara mejor. Estás perfectamente. (A Jiménez.) ¿No es verdad que está muy bien?
JIM. Ar pelo. (¡Jòsús qué esgalichao! La verdad es que pa vestirse de melitar se nesesita tener mu güena figura.)
CONST. Vamos á ver. ¿Y ahora qué hago yo?
ERN. Lo primero que debes hacer, es ponerte más derecho. Así. Esa cabeza más alta. ¡Ah! Que cuando pases al lado de un oficial no te olvides de saludarle.
CONST. Descuida! ya le daré las buenas noches.
ERN. No, hombre; hablo del saludo militar.
CONST. ¡Ah, sí! Voy á meter la pata, de seguro.
ERN. Ea, ahora á buscar á Luisa, que ya estará esperándote.
CONST. Voy, voy en seguida. Pero antes deja que te abrace. (Intenta abrazarle, pero se lo impide el capote.) Con el capote no puedo. Ya te abrazaré después.
ERN. Anda, anda, y déjate de ternezas.
CONST. ¿Por dónde?
ERN. Por ahí, (Ultimo término izquierda.) por ese lado. Ese cuerpo, hombre, ese cuerpo. Marcialidad. A ver. ¡Marchen! Una, dos, tres .. Así, así.
CONST. (Se va marcando el paso. Desde el foro dice:) ¿Voy bien, eh?
ERN. Muy bien; no pierdas ese paso. (A Jiménez.) Y tú, cuidado no vayas á decir una palabra.
JIM. Señorito. Mudo de nasimiento.
ERN. (Hasta ahora serví á los demás. Ahora me toca á mí.) (Vase por la izquierda primer término.)

ESCENA IX

JIMÉNEZ, en seguida MARÍA, más tarde ROSA y dos Muchachas de pueblo

JIM. Vaya, ar fin me han dejao solo. Maruja me ha dicho que nos veríamos esta noche junto á la estatua de Netuno. (Indica á Cupido.) Pues es aquí. Yo no conozco al Netuno; pero debe ser este.

MARÍA (Entrando por la izquierda con una bandeja con pastas.) Allí está. (A Jiménez.) ¡Pues digo! ¡Ya podía yo estar esperándote!

JIM. ¿Pues no me has sitao aquí?

MARÍA No, señor; te dije que te esperaría junto á la estatua de Neptuno, que está allá abajo, en la fuente.

JIM. ¿De manera que este chavalillo no se llama Netuno?

MARÍA No.

JIM. Perdona; como yo soy nuevo en el pueblo, no estoy enterao de los motes.

MARÍA Esta estatua dice la señorita que se llama el Amor.

JIM. ¿El amor, eh? Pues por algo me estaba yo aquí esperándote. Ya ves tú si yo diquelo.

MARÍA Buen mentiroso que te estás tú.

JIM. Vamos, mujer, que el hombre que después de la bofetada que resibe por la tarde, toavía por la noche te da un abraso, me paese á mí que es que te quiere. (Mirando la bandeja.) ¿Qué es esto que llevas aqui?

MARÍA Pastas para los convidados, pues. Cómete algunas si te quieres.

JIM. Grasias; á mí no me gustan las confituras. Pero, en fin, porque tú no digas... (Coge un puñado y se come algunas.) ¡Pues, miá tú, no saben mal! (Coge otro puñado de pastas y se las guarda.) Están mu dulses y mu frescas. ¡María Santísima! ¡Estos brazos sí que son frescos! ¡Vaya un cutis! Me están dando intinsiones de pegarles un mordisco. ¡Juyuyuy por las mujeres de buten!

MARÍA ¿De dónde?

JIM. ¡De búten, un pueblo de Andalusía!

MARÍA ¡Sí! Ahora muchos cariños, y aluego te marchas, y si te he visto no te acuerdas.

JIM. ¿Que no? Tú eres la única mujer á quien yo he querío en el mundo.

MARÍA ¡Sí, la única! ¡Eso me dices, pero otra te queda!

JIM. ¡No! Ya no queda ninguna. (Alude á la bandeja que estará ya vacía.)

MARÍA ¡Jesús!

JIM. Cállate, que viene gente. (Sigue tocando la música.)

ROSA (Por la derecha.) ¡María, María!

MARÍA ¿Qué quieres?

ROSA Anda, vente con nosotras. Ahora que los señores están entretenidos, nos vamos á bailar en la huerta; desde allí se oye perfectamente la música. Anda, mujer, que ya están tocando.

MARÍA Vamos, vamos, pues. (A Jiménez.) Vente con nosotras.

JIM. Pues claro que me voy. Oye. ¿Hay también farolillos en la huerta?

MARÍA Ninguno.

JIM. Pues, andando á escape.

ROSA Ahí viene la señorita Tula. Que no nos vea.

TODOS Vamos, vamos. (Vanse último término derecha.)

ESCENA X

TULA por primer término izquierda

TULA (Mirando á todos lados.) No, no ha venido todavía, pero vendrá. No le creo tan indiferente que resista á la curiosidad de una cita misteriosa. ¿Eh, quién viene? ¡Ah, es Luisa!

LUISA (Que entra asustada por segundo término izquierda.) ¡Ay, Tula! ¿Eres tú? Cuánto me alegro de encontrarte.

TULA ¿Qué tienes? ¿Qué te pasa?

LUISA Que tengo miedo. Un soldado me viene persiguiendo por todo el jardín.

TULA ¿Un soldado?
LUISA Sí, mírale, ahí está.
CONST. (Que entra marcando el paso.) ¡Señorita, señorita!
TULA ¡Eh! ¿Qué es eso?
LUISA Retírese usted ó grito.
CONST. No se asusten ustedes, si soy yo.
TULA ¿Eh?
LUISA ¿Quién?
CONST. (Quitándose el casco.) Constantino Cebolleta, servidor de ustedes.
LUISA ¡Constantino!
TULA ¡El boticario! ¿Pero qué significa ese disfraz?
CONST. Fué empeño del médico, señorita.
LUISA Pero, ¿por qué no me dijo usted quién era?
CONST. Señorita, porque usted no ha querido oirme.
LUISA (A Tula.) ¡Pobrecito, y todo por el amor que me tiene.
TULA ¡Pero, cómo! ¿Tu novio no es el médico?
LUISA No, hija, es éste. Pero, por Dios, que no se enteren mis papás.
TULA (Alto.) ¡Ah, vamos! ahora me explico lo de ese traje.
CONST. Sí, señorita. Tenemos que hablarnos con ciertas precauciones.
TULA (Sacando su reloj.) (Ya son las ocho y media.) Pues, nada, nada; por mí pueden ustedes hablar tranquilamente; pero no aquí. Este no es el sitio más á propósito.
CONST. Dice usted bien, vámonos á otro lado.
LUISA Al paseo de las Acacias.
CONST. A cualquier parte donde haga fresco; estoy sudando el kilo.
LUISA Vamos. Hasta luego, Tula.
CONST. Adiós, señorita. (A Luisa.) El brazo; pero, no, no puede ser. (¡Hablan de los polvos de Dower y de la flor de malva! No hay mejor sudorífico que un capote de caballería.) (Vanse primer término izquierda.)

ESCENA XI

TULA, en seguida MENDOZA

TULA ¡Feliz ella! Ama á un hombre y es correspondida. ¡Quién pudiera decir lo mismo! (Viendo venir á Mendoza.) ¡Ah, Mendoza! Ya decía yo que no podía faltar. (Entra en la caseta y cierra la puerta.)

MEND. (Entrando en escena.) Sí, este es el sitio. (Mirando el reloj.) No puede quejarse de mi falta de puntualidad. (Leyendo la carta.) *Una mujer que desea hablarle, esperará á usted esta noche en el jardín del señor Aguirre, junto á la estatua de Cupido, á las ocho y media en punto. Prudencia y discreción.* Muy bien. Una cita amorosa en toda regla. Esa chiquilla se ha propuesto marearme, y al fin lo conseguirá. Porque esta carta es suya. ¿Quién si no ella?... ¿Pero, señor, y por qué he venido yo aquí?... ¿Que por qué he venido? Porque, á pesar de mis propósitos, esa mujer me seduce, me atrae. (Transición.) Pero esto puede ser una burla, y yo, tonto, he caido en el lazo. Evitemos el ridículo. (Medio mutis.)

TULA (Saliendo de la caseta.) Señor Mendoza.

MEND. (Sorprendido.) (¡Ah, ella!) Señorita... (¡Serenidad!)

TULA ¿Qué vientos le traen á usted por estos sitios tan retirados?

MEND. Ando en busca de aventuras, señorita.

TULA ¿Aventuras amorosas?

MEND. Precisamente. Y si usted no me descubriese yo le confesaría que tengo una cita aquí.

TULA ¡Ah! Entonces no quiero ser indiscreta; me retiro.

MEND. ¡Pero, por Dios! ¿Cree usted que yo puedo tomar en serio ciertas cosas? Esto no debe ser más que una comedia. Me citan á las ocho y media en punto. ¿Lo ve usted? Es la hora en que empiezan las comedias.

TULA Sí, tiene usted razón. Hace usted bien en

reirse. Pero ya sabía yo que usted no faltaría á la cita.

Mend. ¿Cómo? ¿Que usted sabía ya que yo no faltaría á la cita? ¿Luego usted conocía ya esta carta? ¿Luego esta carta es de usted?

Tula (¡Me he vendido!) ¡Pero, por Dios! ¡Cómo ha podido usted imaginarse tal cosa! El que yo conociera esa carta no es prueba de que la haya escrito.

Mend. ¿Entonces?...

Tula Es de una amiga mía.

Mend. ¡Ah!

Tula El nombre, como usted comprende, no lo diré.

Mend. ¡Claro está! Ni yo deseo saberlo tampoco. Pero si usted quiere de veras á su amiga, yo le ruego á usted que la aconseje que no vuelva á permitirse jamás burlas de esta especie, con quien no se ha hecho acreedor á ellas. A los pies de usted, señorita. (Medio mutis hacia la derecha.)

Tula (Luchando consigo misma. Con resolución.) ¡Mendoza!... ¡Mendoza!...

Mend. ¿Quería usted algo?

Tula Quería... decirle á usted toda la verdad. Usted ya la habrá adivinado; pero ha tenido bastante delicadeza para no dármelo á entender. ¡Sí! yo misma he escrito esa carta.

Mend. (Con amabilidad.) ¡Pero, Tula!...

Tula Perdóneme usted. Ha sido una ligereza... una locura... Pero no me arrepiento; porque gracias á ella, he encontrado en usted un hombre leal y generoso.

Mend. No, señorita. Ha encontrado usted solamente un caballero.

Tula Yo le pido á usted... (Se oye dentro la voz de don Ramón.) ¡Ay, mi tío! ¡Que no nos sorprenda aquí! Ocúltese usted... ¡Yo se lo suplico!.... ¡Pronto! (Le indica la caseta. Mendoza entra en ella.) Entre usted!

ESCENA XII

TULA, DON RAMÓN y EL GENERAL

D. RAM. Pues sí, General, pienso hacer varias obras en la finca, y ahora verá usted los planos de la traída de aguas. (Se dirige adonde está Tula.) ¿Eh, quién? ¡Tula!

TULA ¡Hola, tío!

D. RAM. ¿Pero, qué haces aquí?

TULA ¡Yo... Nada, tío; paseaba. Ya sabes que este es mi sitio predilecto.

EL GEN. Efectivamente: eso me ha dicho antes.

D. RAM. ¡Pero, por Dios! ¡A estas horas, y sola!

TULA Sí, completamente sola.

EL GEN. ¿No le gusta á usted la música?

TULA Sí, sí... señor... pero... es que... (A don Ramón, que se dirije á la puerta de la caseta y deteniéndole.) ¿A dónde vas, tío?

D. RAM. Voy á enseñar al General esos planos.

TULA (Interponiéndose entre don Ramón y la caseta.) ¡No, no entres aquí! ¡Yo te lo suplico!

D. RAM. Pero, mujer, ¿por qué?

TULA Porque... porque te preparo una cosa para el día de tu cumpleaños, y hasta entonces no quiero que la veas.

D. RAM. Bueno, mujer, entraré sin mirar.

TULA Te digo que no quiero. (Echando la llave, que se guarda en el bolsillo.) ¿Lo ves? Ya no entras.

D. RAM. ¡Pero, Tula! (Con seriedad.)

EL GEN. No insista usted. ¿Para qué privar á su sobrina del placer de una sorpresa?

TULA Ya lo oyes. El General me da la razón.

ESCENA XIII

DICHOS y DOÑA TOMASA

D.ª TOM. ¿Pero dónde estará esa muchacha? (Viendo á los que están en escena.) ¡Ah! Tula, don Ramón, ¿han visto ustedes á mi hija, que no la encuentro por ninguna parte?

TULA — Yo... no.

D. RAM. — Yo la he visto hace un momento en la calle de las Acacias, paseando con un militar.

D.ª TOM. — ¡Con un militar! ¡Ah, vamos, con el médico. Me tranquilizo.

EL GEN. — No; perdone usted, señora. El médico militar está en una comisión del servicio (Estará con su mujer.)

D.ª TOM. — ¿Entonces con quién pasea mi hija? Yo necesito saberlo.

D. RAM. — Bueno, señora, averígüelo usted.

D.ª TOM. — Inmediatamente. Tula, ven conmigo.

TULA — ¿Yo?

D. RAM. — Sí, anda, acompáñala.

TULA — (¡Dios mío, y él ahí!)

D.ª TOM. — Vamos, niña, vamos. (Al marcharse.) ¡Luisa paseando con otro hombre! ¡Qué va á decir el médico cuando lo sepa! (Vanse primer término izquierda.)

ESCENA XIV

DON RAMÓN, EL GENÉRAL y DOÑA TERESA. Luego ROQUE

D.ª TER. — (Entrando segundo término izguierda.) Ramón, Ramón. Con permiso de usted, General... ¿Dónde están las criadas?

D. RAM. — Y yo qué sé.

D.ª TER. — Hace media hora que las llamo y no las encuentro. Vete á buscarlas. Es preciso servir los refrescos á los músicos.

D. RAM. — Pero, mujer, ¿y Roque, dónde está Roque?

D.ª TER. — Le he mandado á llamar á Inés.

ROQUE — (Entrando.) A la señorita Inés no la encuentro por ninguna parte.

EL GEN. — (¡Claro!)

D.ª TER. — ¿También ella ha desaparecido?

D. RAM. — Pero, señor, ¿qué sucede hoy aquí, que no parece nadie?

D.ª TER. — ¿Pero ha visto usted, General? ¡Tantos criados como hay en la casa, y en este momento no tenemos quien nos sirva!

EL GEN. — No se apure usted, señora. Que llamen á mis ordenanzas.

ROQUE — Tampoco he visto á ninguno.
EL GEN. — ¿Que no?
ROQUE — No, señor; no los he encontrado en todo el jardín.

ESCENA XV

DICHOS y ARTURO, primer término izquierda, con un soldado en traje de marcha

ART. — (Sí; aquí está el General.) Mi General...
EL GEN. — ¿Qué ocurre?
ART. — Este parte. (Cogiendo un pliego que traerá el soldado.)
EL GEN. — Venga.
ART. — (Mientras el General abre el pliego.) (¿Por dónde andará Tula?)
EL GEN. — (Que ha leído el parte.) ¿Eh? (A Arturo.) A ver, llame usted á Mendoza; que venga inmediatamente.
ART. — Mi General, á Mendoza hace ya mucho rato que no lo veo.
EL GEN. — Pues es preciso buscarle; pero antes, ande usted y que doblen las guardias. (Vese Arturo con el soldado.)
D. RAM. — (¿Eh? ¿Qué pasará?)
EL GEN. — Oye, muchacho. (A Roque. Le habla aparte.)
D.ª TER. — ¿Ocurre algo, General? (Vase Roque corriendo.)
EL GEN. — No se alarmen ustedes; pero es preciso estar prevenidos. Me anuncian la marcha de una partida con dirección á este pueblo.
D.ª TER. — ¡Dios mío de mi alma!
D. RAM. — (¡Ya no nos faltaba más que esto!)
EL GEN. — ¿Pero dónde se habrá metido ese Mendoza?...
D.ª TER. — ¡Ay! diga usted, General, ¿cree usted que habrá peligro?
EL GEN. — Ninguno, señora; estén ustedes tranquilos. (Se presenta por la izquierda el corneta de órdenes y se cuadra. Al corneta.) Generala. (El corneta toca en escena. En seguida, saluda y vase por la izquierda. Se repiten los toques cada vez más lejanos. Cesa la música.)

D. RAM. } (Que están de espaldas al General. Al oir primer toque.)
D.ª TER. } ¡Ay! (Asustados.)
EL GEN. Ya verán ustedes cómo ahora parecen los dispersos. (Se oyen los primeros cohetes.)
D.ª TER. ¡Jesús!
D. RAM. ¡Tus cohetes! ¡Bonita ocasión para dispararlos!
MEND. (Asomándose á la ventana.) (¿Eh? ¿Qué es esto? (¡Dios mío, el General!) (Vuelve á cerrar la ventana.)

ESCENA XVI

DICHOS, DOÑA TOMASA y TULA; en seguida FRNESTO. Empiezan a cruzar por el foro precipitadamente soldados de distintas armas, gentes del pueblo, y los músicos con los instrumentos. Algunos oficiales entran en escena y se colocan al lado del General

D.ª TOM. ¿Qué es esto? ¿Por qué tocan?
TULA ¿Qué sucede?
ERN. ¿Qué habrá ocurrido?
D.ª TOM. (¡Y mi niña que no parece!) Doctor, ¿dónde está mi hija?
ERN. Señora, no lo sé.
D.ª TOM. Pues usted debía saberlo.
ERN. Perdone usted, señora, el deber me llama. (Se acerca al General.)
D.ª TOM. ¿Pero dónde se habrá metido esa criatura? (Vase último término izquierda.) ¡Luisa... Luisa!... (Llamando. Jiménez, Rosa y María aparecen último término derecha.)
ROSA } ¡Ay, los señoritos! (Corriendo por el foro, vánse
MARÍA } por la izquierda.)
JIM. ¡Caspitina, el General! (Detrás de Rosa y María.)
D. RUP. ¿Qué sucede, señores, qué sucede? ¡Yo necesito saberlo. (Se acerca al grupo de don Ramón, doña Teresa y Tula.)
EL GEN. (A Ernesto, primer término derecha.) ¿Pero, dónde estará ese Mendoza?
MEND. (Saltando por la ventana.) Presente, mi General.
EL GEN. ¿Eh?
TULA (¡Virgen santa!)
D. RAM. (A Tula.) ¡Un hombre encerrado ahí! ¿Qué significa eso?

ESCENA FINAL

DICHOS y LUISA, seguida de CONSTANTINO, por el primer término izquierda

LUISA ¡Díos mío! ¡Cuánta gente!

CONS. ¡Los carlistas! Deben ser los carlistas. (Cruza la escena despavorido, pasando por delante del General, que le pega un bastonazo en la espalda.) ¡Ay!

EL GEN. Salude usted.

CONS. Buenas noches. (Quitándose el casco.)

EL GEN. ¡Eh!

ERN. Mi general, es el farmacéutico.

CONS. Farmacéutico por vocación, he consagrado... (Arrodillándose.)

EL GEN. ¿Qué significa esto?

D. RUI. ¡El boticario! (Telón rápido.)

FIN DEL ACTO CUARTO

ACTO QUINTO

La misma decoración del primer acto

ESCENA PRIMERA

DON RAMÓN y DOÑA TERESA

D. RAM. (Paseándose agitado.) Nada, nada; no me hagas reflexiones, porque lo que ha pasado anoche es vergonzoso.

D.ª TER. ¡Pero, hombre, por Dios; no parece sino que nos ha ocurrido una gran desgracia!

D. RAM. ¡Si te parece poco! ¿Qué habrán dicho de nosotros todos los invitados? ¿Qué pensará el General?

D.ª TER. ¡Calla, hombre, que puede oirte!

D. RAM. No está en casa; ha salido hace un momento. El que está ahí es el ayudante. Merecía que yo...

D.ª TER. No seas simple. Más de lo que le dijo ayer el General, no has de decirle tú. Y además, que lo de anoche no tiene tanta gravedad...

D. RAM. ¡Pero, mujer!...

D.ª TER. No, señor. Tula me lo ha contado todo.

D. RAM. Pues yo no necesito que me lo cuente porque lo he visto. Primero se opone á que yo entre en la caseta; después echa la llave bajo el pretexto de que allí guardaba una sorpresa para el día de mi cumpleaños, y,

por último, salta por la ventana el ayudante del General. Si esa era la sorpresa que me guardaba para mi cumpleaños, quisiera yo saber lo que me reserva para el día de mi santo. ¡Dichosa sobrinita!

D.ª TER. Te repito que no hay motivo para tomar las cosas de esta manera. Mi opinión no debe serte sospechosa. Siempre te he estado diciendo que el carácter de Tula había de ocasionarnos muchos disgustos. Pues bién; á lo de anoche no le doy la importancia que tú. Del modo que ella me lo ha contado es hasta disculpable. Todas hemos sido jóvenes; todas hemos estado enamoradas, y todas sobemos lo que es tener encerrado á un hombre.

D. RAM. ¡Teresa!... (Furioso.)

D.ª TER. Sí, señor; acuérdate de que cuando me hacías el amor, y por miedo á mi padre, te tuve tres horas encerrado en el...

D. RAM. Sí, es verdad; no me lo recuerdes; pero yo entonces era tu novio, y al fin me casé contigo. Lo dicho: no quiero responsabilidades; hoy mismo escribo á mi cuñado para que venga á recoger á su hija.

D.ª TER. ¡Ramón!...

D. RAM. Y en cuanto á Inés, ya le he dicho cuánta s son cinco.

D.ª TER. Hombre, una institutriz ya debía saberlo.

D. RAM. No tengo ganas de bromitas.

D.ª TER. Pero, vamos á ver, ¿qué tienes que decir de Inés?

D. RAM. ¡Una friolera! Que Roque me ha contado que hace poco, al entrar aquí, se la encontró abrazando al médico militar.

D.ª TER. ¡Ave María Purísima! ¡Si eso no es posible! Si el médico militar está en relaciones con Luisa; me lo ha asegurado su madre.

D. RAM. Es que se puede muy bien estar en relaciones con una y abrazar á otra. Acabo de decirla que está demás aquí; que puede marcharse cuando quiera con su familia. Tula no necesita que le den lecciones; sabe ya demasiado.

D.ª Ter. ¡Pero, hombre, despedir á Inés! ..

D. Ram. No es á ella sola. A Rosa y á María les pones hoy mismo la cuenta en la mano, y que se larguen á bailar á otra parte.

D.ª Ter. Pues, hijo, di que quieres despedirnos á todos.

D. Ram. Lo que quiero es que en esta casa haya moralidad, orden y disciplina.

D.ª Ter. Tranquilízate, los militares se marchan hoy mismo.

D. Ram. Vayan benditos de Dios.

D.ª Ter. ¡Chit, cállate! (Viendo salir á Ernesto.)

ESCENA II

DICHOS y ERNESTO

Ern. (Que sale de la segunda puerta izquierda.) Hasta luego, Mendoza—¡Ah, señores, muy buenos días!

D.ª Ter. Muy buenos.

D. Ram. (Con sequedad.) ¡Felices!

Ern. Ya sabrán ustedes que los temores de anoche se han desvanecido, por fortuna. Fué una alarma infundada.

D.ª Ter. Sí, ya lo sabemos.

D. Ram. Sí, señor; sabemos eso y otras muchas cosas.

Ern. ¿Eh?

D.ª Ter. (A don Ramón.) ¡Pero, hombre!

D. Ram. (Sí, sí, vámonos de aquí; porque si no voy á soltarle cuatro frescas á este mediquillo.) Quede usted con Dios. (Vase primera derecha.)

D.ª Ter. Beso á usted la mano. (Vase foro izquierda.)

Ern. Que ustedes lo pasen bien. ¡Vaya una sequedad!

ESCENA III

ERNESTO, luego ARTURO

Art. (Desde la puerta foro derecha.) ¿Se puede?

Ern. Adelante, Arturo.

ART. Querido Mendoza, estoy de enhorabuena, dame un abrazo.

ERN. ¿Qué te ha ocurrido?

ART. Que acabo de recibir el telegrama de mi suegro. Míralo, aquí está.

ERN. ¿Sí? ¿Y qué te dice?

ART. Pues... no lo sé. No he podido entender una palabra. Está en inglés. ¿Tú sabes el inglés?

ERN. No, chico.

ART. ¡Caramba, qué lástima! ¡A ver, hombre, á ver si entre los dos sacamos algo en limpio! (Leyendo.) *If as you say the officer*... Oficial, esto está muy claro. *Is of*...

ERN. ¡Uf!

ART. No. *Of a gentlemant*. Nada, chico, ni una palabra. ¡Yo no sé por qué los telegrafistas españoles no habían de traducir estas cosas! ¿Y cómo averiguamos ahora lo que me dice? Yo me figuro que la contestación será satisfactoria.

ERN. Dame, yo me encargo de buscar quien lo traduzca. ¿Te quedas?

ART. Sí, chico, hoy no la he visto todavía... Y de hoy no puede pasar; necesito hacerle una declaración en toda regla.

ERN. Pues buena suerte y hasta luego. (Vase foro derecha con el telegrama.)

ART. (Como recordando.) *If as of*... ¿Qué demonios querrá decir eso?

ESCENA IV

ARTURO, MENDOZA y JIMENEZ

MEND. ¡Hola! ¿Tú por aquí? (Saliendo.)

ART. Oye, Mendoza, ¿sabes inglés?

MEND. ¿Yo? ¿Qué he de saber de esas cosas?

ART. ¡Claro, si es un idioma que no lo sabe nadie!... Si fuera el francés... Yo el francés tampoco lo sé; pero...

MEND. ¿Y por qué me has hecho esa pregunta?

ART. Yo... por nada. Una curiosidad. (Viendo á Jiménez que sale con las maletas.)

JIM Mi capitán, ya está todo corriente.

ART. Calla, pues ahora me acuerdo yo de que no he mandado recoger mis bártulos. Voy en seguida. (Estos amores me traen completamente trastornado.) Hasta después. (Tropieza en algún mueble.) *If as of...* (Vase.)

MEND. ¿Lo has recogido todo?

JIM. Sí, señorito; ya está. (Maruja me ha prometido al marcharme un abraso y un pañuelo de seda; y francamente, el abraso se lo perdonaría, pero lo que es el pañuelo... ¿Por dónde andará esa chiquilla?) (Mirando hacia el foro izquierda.)

MEND. (Observándole.) ¿Qué haces aquí? ¿En qué piensas?

JIM. Mi capitán, estaba pensando en lo volátiles que semos los melitares. No hase más que tres días que hemos llegao y ya tenemos que abandonar esta familia; y la verdá, no pué uno remediarlo, se toma apego á la casa y á los amos de la casa...

MEND. Sí, y á las criadas de la casa. (Remedándole.)

JIM. Justo, mi capitán. Eso mesmo.

MEND. Anda, anda, y tenlo todo dispuesto.

JIM. A la orden. (Lo que es sin pañuelo de seda no me marcho yo de este pueblo.) (Vase foro derecha, al mismo tiempo que sale Tula de la segunda derecha poniéndose los guantes y con el látigo debajo del brazo. Muy excitada, se dirige al cordón de la campanilla y tira de él con furia.)

ESCENA V

MENDOZA, TULA; luego ROQUE

TULA ¡Si cree mi tío que á mí se me pueden decir ciertas cosas, está muy equivocado! ¡No me conoce bien todavía! (Viendo á Mendoza.) ¡Ah, Mendoza!

MEND. ¿Qué le pasa á usted, señorita?

TULA Me pasa... No sé lo que me pasa. ¡Estoy furiosa! (Dando un latigazo en un mueble y paseándose muy agitada.)

MEND. ¿Conmigo, acaso?

TULA — No, señor, con mi tío. ¡Si usted supiera las cosas que me ha dicho mi tío!

ROQUE — ¿Llamaba la señorita?

TULA — Pregunte usted si han enganchado ya.

ROQUE — Está bien. (Vase foro derecha.)

TULA — Necesito dar un paseo, distraerme. ¡Estoy nerviosa, pero muy nerviosa! (Da otro latigazo en un mueble.) Suponer mi tío que yo le tenía á usted encerrado en la caseta.

MEND. — Señorita, desgraciadamente es cierto.

TULA — Pero ya saben cómo ha sido. He confesado la verdad. ¡Yo no miento nunca! ¡Pero no ha querido creerme! ¡No creerme á mí! (Dando otro latigazo.)

MEND. — Señorita, perdone usted; pero los muebles no tienen la culpa. ¿Quiere usted tranquilizarse y que hablemos un momento?

TULA — Hable usted; ya estoy más tranquila.

MEND. — Ya que yo he sido, aunque involuntariamente, causa de su disgusto, á mí me toca reparar la falta. Hay un medio de acallar toda sospecha que pueda perjudicar á usted en lo más mínimo.

TULA — ¿Un medio? ¿Cuál?

MEND. — Ahora mismo voy á ver al señor Aguirre y le pido su mano de usted.

TULA — ¿Cómo? (Con alegría.)

MEND. — Eso es lo mejor. Le hago esa petición... y usted la rechaza.

TULA — (¡Ah!)

MEND. — De este modo, toda la responsabilidad será mía. ¿Aprueba usted mi idea?

TULA — Yo... no puedo permitir que usted...

MEND. — No se ocupe usted de mí. Sólo deseo dar á usted una prueba más de la sinceridad de mi afecto. Su tío de usted estará en su despacho. Voy á verle en seguida. (Pasa á la derecha.)

TULA — Pero, por Dios... ¡tan pronto!

MEND. — Me queda sólo media hora de estancia en esta casa, y es preciso aprovechar el tiempo. No olvide usted lo convenido: yo pido su mano, y usted contesta negativamente. Es la única manera de justificarse. (Vase primera derecha.)

ESCENA V

TULA, luego INÉS

TULA (Queda un momento pensativa.) ¡Que él pedirá mi mano y que yo he de decirle que no! ¡Dios mío, pero qué desgraciada soy! (Se sienta llorando primer término izquierda.)

INÉS (Saliendo segunda derecha, sollozando.) ¡Juzgarme de esa manera! No habrá más remedio que confesarlo todo. ¡Ah, Tula! (Enjugándose las lágrimas.)

TULA (¡Inés! No quiero que me vea llorar.)

INÉS ¿Qué es eso, Tula? ¿Te pasa algo? ¿Tú has llorado.

TULA Yo... no. Me pican algo los ojos.

INÉS Será del aire. También á mí me molestan un poco.

TULA Y, es claro parece que una ha llorado.

INÉS Justo... Eso parece.

TULA Pero, ¿por qué habíamos de llorar? (Pugnando por reirse.) ¡Si no hay motivo! Yo al menos estoy muy contenta.

INÉS Y yo también, contentísima. (Ríen fingidamente las dos, y de pronto se abrazan llorando amargamente.)

TULA ¡Ay, Inés de mi alma!

INÉS ¡Tula de mi corazón!

ESCENA VI

DICHOS, MARIA y ROSA. Entran María y Rosa foro izquierda llorando

MARIA ¡Desir esas cosas de nosotras!

ROSA ¡Es una injustisia!

MARIA ¡Ay, señorita Inés! ¡Nos han despedido!

INÉS (También á mí.) (Llorando.)

MARIA ¡Señorita, Tula; protéjanos usted!

TULA Déjame en paz. (Breve pausa, durante la cual lloran las cuatro.)

ESCENA VII

DICHAS y CONSTANTINC pcr el foro derecha

CONST. (Sorprendido al oir los sollozos) (Pues señor, me parece que también esta vez llego en mala ocasión.) (Adelantándose) Perdonen ustedes si he entrado sin anunciarme, pero... (No me hacen caso.) (A María.) ¿Me haría usted el favor de decirme si?...

MARIA ¡No estoy para desir nada! (Vase llorando foro izquierda.)

CONST. ¿Tendría usted la bondad de?... (A Rosa.)]

ROSA ¡Es una injustisia, sí, señor; una injustisia (Vase llorando foro izquierda.)

CONST. Señorita, ruego á usted que me diga... (A Inés.)

INÉS Perdone usted... pero no puedo detenerme. Esperaré al Genral, y le diré lo que me pasa.) (Vase llorando foro derecha.)

CONST. ¿Habrá ocurrido alguna desgracia?

TULA (¡Un amor en que yo había cifrado mis ilusiones!...) (Llora.)

CONST. ¿Señorita, su tío de usted?...

TULA ¡Ha muerto para siempre!

CONST. ¿Que ha muerto el señor Aguirre?

TULA ¡No, hombre, no hablo con usted!

CONST. Me había usted asustado, porque precisamente necesito hablarle... (Viendo salir á don Ramón.) ¡Ah! Aquí viene... Señor de Aguirre (Acercándose á saludarle.)

ESCENA VIII

DICHOS, DON RAMÓN y MENDOZA

D. RAM. ¿Qué hay?

CONST. ¿Podría usted oirme unos momentos? Tengo que dar á usted algunas explicaciones...

D. RAM. Dispense usted; pero ahora me es imposible...

CONST. Advierto á usted que se trata de un asunto...

D. RAM. Bueno, hombre, bueno. Pase usted á mi despacho. Luego la oiré... (Le indica la puerta,)

CONST. Muchísimas gracias. (Está de Dios que nunca he de llegar oportunamente á ninguna parte.) (Vase primera derecha.)

ESCENA IX

TULA, DON RAMÓN y MENDOZA

D. RAM. Querida sobrina: el señor Mendoza, que es todo un caballero, acaba de hacerme una confesión que le honra muchísimo, y que yo le agradezco en lo que vale. Se declara único culpable de la escena de anoche. Dice que te ama y quiere hacerte su esposa. Ya le he dicho que yo apadrino gustoso vuestra unión; pero que necesito antes contar con la aprobación de tu padre. Hoy mismo le escribiré y...

TULA No, no te molestes, tío. El señor Mendoza habrá pedido mi mano, pero tengo que contestarle que no.

D. RAM. (Sorprendido.) ¿Cómo?

MEND. ¿Me rechaza usted?

TULA Sí, señor; le rechazo.

D. RAM ¡Niña, por Díos! Mi reprensión de antes ha sido muy dura, lo confieso, pero... ¡perdóname, te había juzgado mal! Y después de la franca declaración del señor Mendoza, no me explico tu negativa.

TULA Tampoco yo me la explico, tío. Pero no hay más remedio, tengo que contestar que no.

D. RAM. Señor Mendoza, ya lo ha oído usted. Yo no puedo imponerme. Lo siento en el alma.

MEND. Muchas gracias. ¡Un desengaño más! (Pasa al lado de Tula.) ¡Señorita! (Dándole la mano.)

TULA (No se quejará usted de mi desobediencia.)

MEND. (Ni usted de mi comportamiento.)

TULA (¡Qué hombre!)

MEND (¡Qué mujer! (Vase segunda izquierda.)

D. RAM. (A Tula.) ¿Pero, hija, es posible que tú?... (Siguen hablando bajo.)

ESCENA X

TULA, DON RAMÓN, INÉS y EL GENERAL por elforo derecha

EL GEN. (A Inés.) Tranquilícese usted, que yo me encargo de aclarar la falsa situación en que las circunstancias la han colocado.

INÉS (Gracias, muchas gracias.) (Estrechándole la mano. Vase segunda derecha.)

EL GEN. Señor Aguirre...

D. RAM. Hola, mi General. ¿Qué es eso; es ya la hora de la marcha?

EL GEN. Aún no. Dentro de media hora. Deseo hablar antes con usted.

D. RAM Mi General, con mucho gusto.

EL GEN. Si quiere usted tomarse la molestia de pasar á mi habitación...

D. RAM. Estoy á sus órdenes.

EL GEN. Con permiso de usted, señorita.

TULA Usted lo tiene, mi General.

D. RAM. Pase usted.

EL GEN. Gracias. (Vanse primera izquierda.)

ESCENA XI

TULA y ROQUE

TULA ¡Se marchará dentro de media hora! ¡Y no volveremos á vernos nunca! ¡Qué necia he sido! Creí vencerle, humillarle, y él, con su indiferencia, me ha dejado presa en las mismas redes que yo le tendía.

ROQUE. Señorita, el coche está enganchado.

TULA Pues que desenganchen. Ya no salgo.

ROQUE. (A esta niña le falta un tornillo; no está buena de la cabeza.) (Vase foro derecha y se encuentra con Arturo, que entra.)

ESCENA XII

DICHOS y ARTURO

ART. (A Roque.) ¿La señorita Tula?

ROQUE Ahí la tiene usted. (Vase.)

ART. ¿Hay permiso? (Sola... sí, está sola. Esta es la ocasión.) ¡Señorita!... ¿Qué tal desde anoche?...

TULA Bien, gracias.

ART. Ya sabrá usted que nos marchamos hoy.

TULA Sí, ya lo sé.

ART. ¡Ah, señorita! ¡Para usted quizá sea indiferente nuestra partida; pero en cambio hay alguien que se marchará de aquí con el cosazón completamente destrozado...

TULA ¿Eh?

ART. Sí. Yo no debo ocultárselo á usted.

TULA ¿Cómo?

ART. Hay alguien que siente por usted una pasión profunda, vehemente.

TULA ¿Dice usted que alguien? ..

ART. Sí, señorita; un hombre que la adora con toda su alma, y á quien las circunstancias le han hecho enmudecer.

TULA ¿Es posible? ¿Pero ese hombre?...

ART. Ese hombre está aquí.

TULA ¿Es de veras? ¿Mendoza me ama?

ART. ¡Eh! ¡Mendoza!... ¿Dice usted Mendoza?

TULA ¡Sí!... ¿No es él á quien usted se refería?...

ART. No, señorita. Me refería á mí.

TULA ¿Eh?

ART. El que la ama á usted soy yo.

TULA ¡Usted! (¡Y yo que había llegado á creerme!...) ¡Beso á usted la mano! (Vase segunda derecha.)

ESCENA XIII

ARTURO, luego ERNESTO

ART. Pues, señor, bien. Me he lucido. ¿Y para esto me he gastado cuarenta y siete pesetas

en pedir el permiso á su papá? ¡Lástima de dinero!

ERN. (Entrando foro derecha.) Arturito, ya está resuelto el enigma. El comandante Ramírez me ha traducido el telegrama.

ART. ¿Sí, eh?

ERN. Sea muy enhorabuena.

ART. Gracias.

ERN. La contestación de tu suegro, es completamente satisfactoria.

ART. (A buena hora mangas verdes.)

ERN. Aquí tienes la traducción. *Si el militar es de familia distinguida y Tula le ama, accedo gustoso á su enlace. Mórton.* ¡Me parece que no se puede pedir más! Ya tienes el consentimiento del padre.

ART. Sí, pero lo que no tengo es novia.

ERN. ¿Cómo?

ART. Acabo de declararme á Tula y me ha dado unas calabazas monumentales.

ERN. ¿Unas calabazas? Es natural.

ART. ¿Cómo natural?

ERN. Fruta del tiempo. Estamos en Septiembre.

ART. Me parece que aun cuando hubiéramos estado en Julio me habría sucedido lo mismo. Esa muchacha es una coqueta. Me ha confesado que quien le gusta es Mendoza. ¡Ya ves tú qué gusto! ¡Me parece que entre Mendoza y yo hay alguna diferencia!

ERN. Sí que la hay.

ART. ¡Pero es claro! Estas muchachas en cuanto ven unos galones de capitán se vuelven locas. Por su puesto que su negativa me tiene sin cuidado. Sólo me proponía pasar el tiempo. Para lo que hemos de estar en este pueblo... ¿No es verdad, chico?

ERN. Tienes razón.

ART. Hasta luego. (Ya nos veremos cuando yo sea coronel.) (Vase foro derecha.)

ESCENA XIV

ERNESTO, luego DON RAMÓN, más tarde INÉS

ERN. ¡Pobre Arturo! Le ha desbancado Mendoza. Ya me lo esperaba yo.

D. RAM. (Que sale de la habitación del General.) ¡Válgame Dios! ¡Pero qué cosas tan extrañas suceden en el mundo! (Viendo á Ernesto.) ¿Ah, es usted? Me alegro de encontrarle. ¿Por dónde andará Inés? (Llamando.) ¡Inés!... ¡Inés!

ERN. (Este sospecha algo.)

D. RAM. ¡Inés!

INÉS ¿Me llama usted?

D. RAM. Venga usted acá. (Pausa.) ¿Conque sí, eh? ¿Conque esas tenemos? ¿Conque usted no es usted? ¿Es decir, no es lo que yo creía que era usted? ¿Conque ahora resulta que usted es... la mujer de usted? (A Ernesto.)

INÉS ¡Don Ramón!

ERN. ¡Señor Aguirre!

D. RAM. El General acaba de contármelo todo. Esas cosas no han debido ustedes decírselas á un General.

INÉS Nosotros...

D. RAM. Han debido ustedes decírmelas á mí, á un particular.

INÉS ¿Es de veras? ¿Usted nos perdona?

D. RAM. Lo que no les perdono á ustedes nunca es el no habérmelo dicho antes. (A Inés.) Se hubiera usted evitado mi reprensión. Ahora ya me explico lo del abrazo de Roque.

ERN. ¿Eh?

D. RAM. Es decir. Lo del abrazo de ustedes que Roque me ha contado. Ahora lo encuentro muy natural. Un marido debe abrazar á su mujer. Yo no abrazo á la mía hace ya mucho tiempo; pero eso es cuestión de carácter.

INÉS Nosotros temíamos, porque la oposición de mi padre...

D. RAM. A ese déjenlo ustedes de mi cuenta. Yo le convenceré, y si no se convence peor para

él. Lo hecho ya no puede remediarse. Vamos, si lo estoy viendo y no lo creo.

ERN. Pues créalo usted, don Ramón. (Pasa al lado de Inés y la abraza.)

D. RAM. Sí, sí; no necesito más pruebas. Voy á contárselo á mi mujer. Se va á quedar con la boca abierta. (Vase foro izquierda.)

ESCENA XV

ERNESTO, INES y COESTANTINO desde la puerta

ERN. ¡Ay, esposa de mi alma! Gracias á Dios que puedo abrazarte sin temor de que me vean.

CONST. (Desde la puerta, sacando la cabeza.) ¡Señor Aguirre! (Viéndolos.) ¡Huy! Hasta en esta ocasión soy inopoituno. (Volviendo á meterse.)

ERN. ¡Ya somos felices!

INÉS Lo seríamos si no tuvieras que volver á separarte de mi lado.

EPN. Nada temas. Las noticias de la guerra son satisfactorias, y pronto nos uniremos para siempre.

ESCENA XVI

DICHOS y TULA

TULA (Al salir los ve abrazados.) ¿Eh?

INÉS ¡Tula!

ERN. Señorita, tengo el gusto de presentar á usted á mi esposa.

TULA ¿Cómo?

INÉS Sí, Tula. Ernesto es mi marido.

TULA ¿Se casan ustedes?

ERN. No. Ya nos hemos casado.

TULA ¿Que se han casado ustedes?

INÉS Hace dos años.

TULA ¿Es posible?

INÉS Tu tío lo sabe ya, y no hay para qué guardar el secreto.

TULA ¡Ah! ¿De manera que este era el hermano que te escribía las cartitas que tú besabas con tanta efusión?

INÉS ¡Sí!

ESCENA XVII

DICHOS y MENDOZA saliendo segunda izquierda

ERN. (Al verle.) Mendoza, ven acá. (Yo necesito decírselo á todo el mundo.) Te presento á mi mujer.

MEND. ¿Cómo tu mujer?

TULA Sí, señor, sí; es su marido, que la quiere con toda su alma. No todos los hombres son iguales.

MEND. Lo celebro mucho. Reciban ustedes mi enhorabuena.

ERN. Gracias. Yo también se la doy á ustedes.

TULA ¿A nosotros?

ERN. Sí; no se haga usted de nuevas. Acabo de saber por Arturo que ustedes se entienden.

TULA Pues, no, señor; no nos entendemos.

MEND. Dice muy bien; mal podemos entendernos cuando acabo de pedir su mano, y ella me ha contestado rotundamente con un «no».

INÉS ¿Sí?

MEND. ¡No!

TULA (A Mendoza.) Si yo he contestado de ese modo ha sido por ser obediente.

MEND. Señorita...

TULA Pero merecía usted que le hubiera contestado que sí, y entonces...

MEND. Entonces me hubiera usted hecho el hombre más feliz de la tierra.

TULA ¿Eh, cómo?

MEND. Sí, Tula, sí; ¡la amo á usted!

TULA ¡Ay, gracias á Dios!

ERN. Ea, ea; á casarse y asunto concluído.

TULA ¡Ay, lo que usted me ha hecho rabiar!

MEND. ¡Ay, lo que usted me ha hecho sufrir!

ERN. ¡Ay, Inesita de mi alma!

INÉS ¡Ay, Ernesto de mi corazón! (Mendoza besa la mano á Tula y Ernesto la de Inés!)

CONST. (Asomándose á la puerta.) ¡Caracoles!

ERN. ¿Eh, qué haces ahí?

CONST. Ustedes perdonen. Estaba esperando al señor Aguirre.

ERN. Voy á contárselo á este también. He estado callado dos años y necesito desahogarme. (Vase con Constantino primera derecha.)

ESCENA XVIII

DICHOS, DOÑA TERESA y DON RAMÓN

D. RAM. Sí, mujer, sí. Aquí la tienes.

D.ª TER. Pero, hija mía, ¿es verdad lo que acaba de contarme Ramón?

INÉS Señora...

D.ª TER. Casarse en secreto y no decir á nadie una palabra...

D. RAM. Pero, mujer, si lo hubiese dicho no hubiera sido secreto.

D.ª TER. (A Mendoza.) Señor Mendoza, mi marido me ha contado también la negativa de Tula, y nosotros sentimos mucho...

TULA No, tía; pues ya no lo sientan ustedes.

D.ª TER. / D. RAM. ¿Eh?

MEND. Tula lo ha pensado mejor.

D. RAM. ¿Qué?

TULA Sí, tío, sí. Le amo. Antes no supe lo que contestaba.

D. RAM. ¿Eh, qué te parece? ¡Y decías tú que la niña no pensaba más que en sus aficiones hípicas!...

D.ª TER. Por eso se ha enamorado de uno de caballería.

CONST. (Sacando la cabeza.) Señor Aguirre.

D. RAM. ¡Ay, que ya me había olvidado! Voy, voy allá. Con permiso de ustedes. (¿Qué me querrá decir el señor de Cebolleta?) (Vase primera derecha.)

TULA (A doña Teresa.) ¿Verdad que es muy guapo?

D.ª Ter. Hija mía, de novios, todos lo parecen. Cuando yo me casé con tu tío lo creía el hombre más guapo del mundo, y ya ves que el pobre tiene poco que agradecer á Dios.

ESCENA XIX

DICHOS, DOÑA TOMASA, DON RUPERTO, LUISA y JIMÉNEZ, que entra cautelosamente y vase foro izquierda

D.ª Ter. ¿Eh? (Oyendo las voces de los que entran.) Adelante, pasen ustedes.

D. Rup. Muy buenos días.

D.ª Ter. ¿Qué tal se ha descansado?

D.ª Tom. Muy mal, hija, muy mal. No sé si la humedad ó el susto me hicieron pasar una noche horrible.

D. Rup. No la crean ustedes; esta mañana he tenido que despertarla yo porque dormía como un lirón.

D.ª Tom. Aquello no era sueño.

D. Rup. ¿Que no?

D.ª Tom. Era sopor.

D. Rup. Bueno, pues estabas muy soporífera.

Luisa (A Tula, con la que habrá hablado.) ¿Es de veras? ¡Cuánto me alegro!

Tula Ahí dentro está tu novio.

Luisa Habrá venido á decirle á tu tío que le hable á mi papá, porque como el infeliz no consigue que le escuche... (Siguen hablando.)

D. Rup. (A doña Teresa.) ¿Dice usted que el General está en su cuarto? Pues voy á despedirme de él como particular y como alcalde. (Vase primera izquierda.)

D.ª Tom. Sí. Alcalde más particular que tú no le habrá visto en su vida.

D.ª Ter. Tengo que dar á usted una gran noticia. El señor Mendoza nos ha pedido la mano de Tula.

D.ª Tom. Sí, ¿eh? Me alegro mucho. (Ese hombre, al menos, se ha explicado. Como el médico no suelte prenda, le suelto yo el toro antes de que se marche.)

ESCENA XX

DICHOS y DON RAMÓN. Luego ERNESTO y CONSTANTINO

D. RAM. (¡Pues vaya; hoy es día de bodas!) Oh, señora! Llegan ustedes oportunamente. ¿Dónde está Ruperto?

D.ª TOM. Con el General.

D. RAM. Pues tengo que decirles... lo que quizás su hija no se ha atrevido á confesarles.

D.ª TOM. ¿Qué?

D. RAM. Que hay un joven que sólo espera el permiso de ustedes para casarse con Luisita. Así me lo acaba de decir el propio interesado.

D.ª TOM. ¿Es de veras? (Viendo á Ernesto que sale.) ¡Ah! (Abrazándole.) ¡Por fin ha hablado usted!

ERN. ¿Qué? (Con extrañeza.)

D.ª TOM. ¡Déjeme usted que le abrace! ¡Usted será mi hijo!

ERN. ¡Señora!

INÉS ¡Eh!

LUISA ¡Mamá!

D. RAM. ¡Si no es ese!

D.ª TOM. ¡Que no! ¿Pues quién es?

CONST. ¡Yo, señora, yo!

LUISA ¡Sí, mamá, es el!

D.ª TOM. ¡Usted! (Yendo á él y abrazándole fuertemente.) ¡Hijo de mi corazón!

D. RUP. A la orden, mi general. (Sale de la primera izquierda.)

D.ª TOM. ¡Ruperto! Ven acá. ¡Somos felices! ¡Ya tenemos yerno!

D. RUP. ¿Sí?

CONST. Servidor de usted.

D. RUP. ¡El boticario! ¿Pues no me decías que era el médico?

D.ª TOM. Medico ó boticario, lo mismo da. La cuestión es casar á la chica.

LUISA Sí, papá; no te opongas.

D. RUP. No, hija, no. Pues lo quieres, sea. ¡Cásate con el farmacéutico!

CONS. Farmacéutico por vocación, he consagrado...

D. RUP. ¡Sí, basta! ¡Ya lo se! (Aparte á don Ramón.) ¡Cómo se repite este hombre!

D. RAM. Es natural. Se llama Cebolleta... (Suenan las cornetas tocando llamada.)

TULA ¡Dios mío! (A Mendoza.)

MEND. ¡Ha llegado el momento. (A Tula.)

D.ª TER. Hija mía, es preciso separarse. Lo primero es el deber. (Hace grupo con Tula y Mendoza. Inés, Ernesto y don Ramón, forman otro grupo.)

D. RAM. (A Ernesto.) Marche usted tranquilo, que Inés será una hija para nosotros.

ESCENA XXI

DICHOS, EL GENERAL, luego ARTURO y ROQUE, después JIMÉNEZ, MARIA y ROSA

EL GEN. ¡Señores!... Las exigencias de la campaña nos llama á otra parte. Grande es nuestro sentimiento al despedirnos de ustedes, pero no es menor nuestra gratitud por las muchas atenciones que les hemos merecido.

D. RAM. Por Dios, General.

EL GEN. Señora, (A doña Teresa.) perdone usted todas las molestias que le bayamos ocasionado.

D.ª TER. Nada de eso; hemos tenido un verdadero placer...

EL GEN. Señorita. (A Tula.) ¿Pero qué es eso? ¿Tanto siente usted nuestra marcha? (Viéndola llorar.)

D.ª TER. ¡Cómo no ha de llorar si tiene que separarse de su prometido! (Indicándole á Mendoza.)

EL GEN. ¡Ah! ¡Ahora me lo explico! ¿Con que también mi ayudante?... Pues, señor, si no me marcho pronto, peligro yo también en este pueblo.

D.ª TOM. ¿Pero no es usted casado?

EL GEN. No, señora; soy viudo.

D.ª TOM. (¡Qué lástima! ¡Esta sí que hubiera sido una buena proporción!...)

ART. (Por el foro derecha.) ¡Señores! Ha llegado el instante de partir. Las cornetas nos llaman

con sus acordes belicosos. (¡Así, que vea que me marcho tan fresco!) (A doña Tomasa.) ¡Ingrata!

D.ª Tom. ¿Eh?

Art. ¡Ay, usted perdone! (¡Me despido con una plancha!)

El Gen. Señorita. (A Tula.) Quiera usted á Mendoza. ¡Lo merece!

Tula ¡Ojalá que no le quisiera tanto! (Llorando.)

D. Ram. No seas niña; os casaréis en cuanto tu padre nos mande su consentimiento.

Ern. ¿El consentimiento? Ya lo tienen ustedes.

D. Ram. / Tula ¿Eh?

Ern. Arturo, dame ese telegrama.

Art. ¿Qué?

Ern. Anda, hombre, sé generoso.

Art. Toma. (Le da el telegrama.)

Ern. Aquí está. Arturo, interesándose por la felicidad de su amigo, telegrafió ayer á su papá de usted y esta es la contestación. (Dándole el telegrama á Tula.)

Mend. ¿Es de veras? (A Arturo.)

Art. Sí, chico; hoy por tí y mañana por mi.

Mend. ¡Gracias!

Art. Oye, me debes cuarenta y siete pesetas.

Tula Sí, tío, sí; mi papá autoriza la boda. (Lee.) «Si el militar es persona distinguida y Tula le ama, accedo gustoso á su enlace.—Mórton.» (Grupo de la familia.)

Jim. (Saliendo con María y Rosa de la puerta foro izquierda. Lleva anudado al cuello el pañuelo de seda de colores vivos que María habrá llevado antes en la cabeza.) No llores, mujer, que en cuanto se acabe la guerra, vengo yo y nos casamos de seguía.

Maria ¿Y cuándo se acabará la guerra?

Jim. ¡Toma! Pus... en cuanto que haya paz.—¡Vaya, á la paz de Dios! (Con este (El pañuelo.) tengo ya cuatro dosenas. En cuanto me lisensie pongo una tienda de pañuelos.) (Vase foro derecha.)

El Gen. (A Inés.) (Qne sea usted muy dichcsa.)

Inés La felicidad que yo tenga desde ahora, á usted se la deberé, General.

EL GEN. ¡Ea, en marcha! (Se oyen cercanos los toques de clarines de caballería. Despedida; todos van al balcón menos Luisa y Constantino; don Ruperto vase con el General, Mendoza, Ernesto y Arturo.)

CONS. ¡Ay, Luisita de mi alma! Quisiera en este momento ser el primer boticario del orbe para poder ofrecerte una fortuna.

LUISA No me hables de eso. Sólo quiero tu amor. Contigo pan y cebolla.

CONS. Cebolleta, hija, Cebolleta. (Se oye la corneta de órdenes, seguida de los primeros acordes de la banda militar que se supone que pasa por debajo del balcón.—Despedida con los pañuelos.—Se aleja la banda. —Tula é Inés bajan al proscenio y se sientan llorando, una á la derecha y otra á la izquierda.—Las criadas y Roque en el foro.—Don Ramón y doña Teresa cerca de Tula.—Doña Tomasa, Constantino y Luisa cerca de Inés.)

D. RAM. Mujer... (A doña Teresa y enjugándose las lágrimas.) ¿Querrás creer que siento mucho que se hayan marchado?

D.ª TOM. ¡Ay! Ya se han ido los militares.

CONS. Sí, señora; pero quedamos los paisanos.

D.ª TOM. ¡Hijos de mi corazón! (Abraza á Luisa y á Constantino. Cuadro.)

FIN DE LA OBRA

PUNTOS DE VENTA

En todas las principales librerías.